



SS
SERVICIO
SECRETO

A. ROLCEST
**TRES HOMBRES
EN LA NIEVE**

TRES HOMBRES EN LA NIEVE

PETER DEBRY

Tres hombres en la nieve

1ª EDICIÓN
FEBRERO - 1953



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION:

7 — La noche de Bright Garden. 22 — Misión en
Extremo Oriente. 57 — Un loco en la sombra. 60
La operación «Greif». 74 — Muerte en los rostros.
100 — Crimen en el «Subway». 103 — Pacto entre
llamas. 107 — Al dictado del odio. 119 — Terror en
Malaca. 128 — Héroes en Creta.

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición
Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 - Barcelona

3 HOMBRES *en la* **NIEVE**



por
A. BOLCEST

PRÓLOGO

PRÓLOGO

Se abrió la puerta del despacho, y en el marco quedó encuadrada la figura alta, desmedrada, de un oficial ruso.

La figura recia que estaba sentada a la mesa escritorio, levantó su reluciente cráneo. No estaba calvo, pero daba la sensación de ello. Tenía el cabello cortado a navaja, y la luz eléctrica del globo que pendía del techo, chocaba contra aquella testa, arrancándole relumbres metálicos.

Apartó la vista de los papeles que tenía ante sí, para fijarse en el que acababa de abrir. Al levantar el rostro, mantenía una expresión de cólera y estupor ante aquel inaudito hecho de que alguien se atreviera a abrir la puerta de su despacho, sin haberle él autorizado.

Al ver quién era, su sorpresa se acercó mucho al espanto.

—¡Capitán Nowosky! Pero... ¿qué es esto? ¿Cómo se ha atrevido?...

El rostro blanquecino del ruso se mantuvo en una expresión glacial. En la ancha boca, los labios delgados, apenas si se despegaron para insinuar una pálida sonrisa.

—¿Qué le ocurre, Haukel? —preguntó, con sorna, el oficial.

Los dos se expresaban en alemán. En el militar era en quién se notaba un leve acento exótico.

—¡No debió venir! ¡Ni siquiera de paisano debió hacerlo! ¡Usted no ignora que los occidentales vigilan mi casa!

—¿Y eso le preocupa?

El de la cabeza afeitada se había puesto en pie. Iba a dar una respuesta acalorada cuando un poco desconcertado por la pregunta del ruso, se quedó mirándole de hito en hito, y exclamó:

—¡No le comprendo, capitán Nowosky!

—Naturalmente que no. Yo a usted, sin embargo, sí. ¿Le interrumpo el trabajo, Haukel?

Cerró la puerta tras de sí, y enseguida avanzó hasta situarse ante

la mesa frente a Haukel.

—¿Algo urgente? —inquirió.

Y se quedó mirando de manera impertinente los papeles que el otro tenía sobre la mesa. A éste pareció gustarle menos esta mirada escrutadora, que el haber abierto la puerta sin su permiso. Se disponía a manifestar de manera brusca su disgusto, cuando de pronto se sintió turbado, como si un presentimiento gris acabase de conmover la base sobre la que apoyaba los pies.

—Trabajo tengo siempre, capitán. Y todo urgente. ¿Por qué lo dice?

Intentaba que su voz tuviese el timbre acerado de siempre, y su mirada la tenacidad dominadora de costumbre. Pero no estaba seguro de haberlo conseguido en aquel momento. Sus ojos grises habían dejado de mirar fijos, huyendo el iris azul del ruso. Y la voz mostraba leves resquebraaduras por dónde el otro fácilmente podría ver la inseguridad que sentía.

—Me parece que su atareamiento, en esta ocasión rebasa lo acostumbrado. ¿No es cierto, Haukel? Sólo así se explica que deje usted en suspenso citas acordadas.

—¡Nada he dejado en suspenso, capitán Nowosky!

—¿No? —inquirió el otro, con retintín.

—Les envié aviso de que la «cosa» se aplazaba por motivos totalmente ajenos a mi voluntad. Les expliqué que sabuesos del «Intelligence Service» y del «F. B. I.»

andaban por medio.

—A nadie puede sorprenderle que las moscas acudan al pastel, amigo Haukel —repuso el otro, sin alterarse—. Sin embargo, sí puede resultar chocante ver a una persona tan descuidada, que deja demasiado tiempo expuesta una cosa tan apetitosa como la que nos ocupa.

—¡Está usted mal informado, capitán Nowosky!

Yo nada he dejado al aire. He actuado con la precaución de siempre, con la sagacidad que ustedes tanto me han elogiado. Pero toda máquina tiene su desgaste. Les indiqué la conveniencia de un pequeño descanso.

—Cosa muy prudente... cuando se lleva la máquina a una doble producción.

La entonación que el ruso dio a los dos últimos vocablos, hizo en Haukel el efecto de un mazazo debido al cual sus sentidos, y las ideas tan concienzudamente apiladas quedaron convulsionadas, sumiéndole en un estado de total confusión.

Se quedó mirando al oficial, de una manera estúpida:

—¿Cómo? —balbució.

—He dicho doble producción... O si prefiere una expresión más occidental: doble juego...

Haukel, que acababa de dejarse caer en el sillón, se puso de pie de un salto:

—¡Eso, no! ¡No es cierto!

En aquel momento, el oficial se hallaba de espaldas, ocupado en arrastrar una silla hasta la mesa. Se sentó frente al otro, y cruzándose de brazos, permaneció unos segundos contemplando la robusta y reluciente testa, en la que acababa de aparecer el cordaje de unas venas hinchadas.

—Amigo Haukel, pero si eso no nos molesta —dijo, en tono risueño.

Parecía en realidad que aquello le gustara. El individuo vestido de paisano, tras permanecer unos momentos indeciso, fue tranquilizándose sin apartar un segundo la mirada de los ojos azules que tenía enfrente.

—Un doble juego, bien administrado, puede tener sus ventajas —manifestó el oficial, sin asomos de ironía—. Entendiéndolo así, hace tiempo que le estamos facilitando su labor. Los datos sobre la granada electrónica los pasó usted a los occidentales, porque nosotros mismos nos encargamos de ponerlos a su alcance. Puede que esos datos respondiesen a la verdad. Tal vez estuviesen involucrados. Lo que importa es que eso le valió a usted adquirir entre los occidentales una mayor confianza. Gracias a ellos, el «traslado» del profesor Kamchulze apenas le produjo dificultades...

Haukel había palidecido:

—Se equivoca usted, capitán. ¡Ese *secuestro*...!

Se interrumpió, para rectificar enseguida, viendo que en la cara del ruso aparecía una expresión dura.

—Ese traslado ha producido muchos inconvenientes y tan graves, que me temo lo eche todo al traste.

—¿Todo? —preguntó el oficial, volviendo a la actitud risueña—. ¿Qué es «todo»?

—Mi máquina de trabajo. Un aluvión de topes se ha lanzado sobre este sector, y está royendo mis resortes más importantes. Si esto continúa, me aparecerán por debajo de esa alfombra...

Y se quedó mirando obstinadamente hacia un punto indefinido del espacio que mediaba entre la mesa y la puerta del despacho.

—Creo que ustedes cometen un error al subestimar a los sabuesos del

«F. B. I.»

y el «Intelligence» —añadió Haukel.

El ruso se limitó a acentuar su sonrisa.

—¡Créame, capitán! La situación —mi situación— es grave. Hasta ahora les he facilitado todos los «traslados» que ustedes me han sugerido. Pero en el caso del profesor Kamchulze, creo que nos precipitamos.

—Depende del ángulo de mira. A nosotros, por el contrario, nos parece que obramos con los pasos medidos. El «traslado» al Berlín oriental se efectuó veinticuatro horas antes de que los yanquis hicieran montar al profesor en uno de sus aviones para «trasladarlo» a los establecimientos nucleares de Oak Ridge.

—No discuto la oportunidad de tiempo con que ustedes obraron. Pero sí insisto en la conveniencia —ya entonces lo hice— de utilizar una ruta menos gastada que la mía...

La testa afeitada brillaba ahora más que nunca. Ideas muy difíciles debían de estar produciéndose dentro de aquel cráneo, por cuanto una capa de sudor empezó a cubrirla. Algo muy difícil o angustioso de expresar.

Se vio que Haukel se pasaba primero varias veces la lengua por los labios, tratando de humedecerlos, para enseguida manifestar:

—A veces tengo la sospecha... de que les estorbo.

—¡Mi querido Haukel! —exclamó el ruso, forzando un gesto ingenuo, que resultaba cómico—. ¿Qué le ha hecho pensar en ese absurdo?

—El hecho de que usted se haya presentado en mi despacho, sin ni siquiera tomar la precaución de venir de paisano, me da casi la seguridad de que ello es así.

—Su despacho se encuentra en la demarcación oriental, amigo

Haukel. ¿Qué de particular tiene que le visitemos? El hecho de que no hayamos disfrazado el carácter oficial de nuestra visita, debía inspirarle mayor confianza.

El ruso se interrumpió para cambiar de tono y aguzar la mirada.

—Pero lo que a usted le inquieta es que yo haya venido a verle en el momento en que usted acaba de prometer a los occidentales entregarme en rehenes, en tanto no aparezca el profesor Kamchulze.

Haukel quiso soltar una carcajada, para encajar perfectamente aquella salida inesperada. Pero lo que emitió fue solo un gruñido. Sus ojos grises amenazaron con saltar de las órbitas. La boca quedó entreabierta, en un signo atónito.

—Y yo me presento precisamente para facilitarle la labor...

Antes de que Haukel intentara protestar, el ruso añadió:

—Esto está perfectamente de acuerdo con la táctica del doble juego.

El de la cabeza afeitada pareció vencido. Más que sentado, parecía derribado sobre el sillón. Extendió los brazos sobre la mesa, e inclinó la cabeza de forma que la barbilla casi le tocaba el pecho.

—Eso le dará idea de lo extremadamente grave que es mi situación —manifestó Haukel, con voz sorda—. No quiero negar que les prometí secuestrarle...

Balbució el último vocablo, temeroso de infringir la norma. Pero el ruso sonreía.

—Ahora encaja bien la palabra —le autorizó, cínicamente.

El de la cabeza afeitada respiró, como si al poder utilizar aquel vocablo sin miedo, se hubiese quitado un zapato que le estuviese torturando.

—Prometí secuestrarle —repitió anchamente— con el fin de desviar la atención que tienen enfocada hacia mí. Ni que decir tiene que no pensaba cumplir esa promesa.

—¿Y por qué no? —inquirió el ruso—. A nosotros nos interesa que usted cumpla su palabra, y vuelva a ser persona solvente entre los occidentales. Por la suerte que yo pueda correr, no se preocupe. Todo está dispuesto para que enseguida se produzca una tempestad de notas reclamándome a las autoridades aliadas. Y cuanto más se resistan éstas, mejor. Conviene que Occidente se entere de los procedimientos de los «demócratas». ¿Se da cuenta, Haukel? Esto quiere decir que todos sus proyectos se han venido abajo. Debe

usted cumplir su oferta de secuestrarme, y eso puede ser ahora mismo. Sus planes de fuga déjelos en suspenso... indefinidamente.

Haukel se removió en su asiento, desasosegado. El ruso volvió a sonreír.

—Como usted ve, estamos perfectamente informados de sus intenciones.

El de la cabeza afeitada se había ya entregado. Un golpe inesperado sucedía a otro todavía más sorprendente y fulminante. Miró al oficial, aterrorizado, casi con un temor supersticioso, como si acabase de comprobar que el individuo que tenía delante le adivinaba; los más ocultos pensamientos.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó, inconscientemente.

—Siempre que usted juegue con dos barajas, debe admitir la posibilidad de que su compañero de mesa esté realizando lo mismo.

«¡Ha sido "Edwin"! —pensó inmediatamente Haukel—. Sólo él sabía mi propósito». Y vio la cara alargada, con expresión de enfermo, de «Edwin», e eslabón que le ponía en contacto con los occidentales.

—¡Pero, capitán! Secuestrar a usted... y ahora... ¡Eso va a ser imposible! Se notaría enseguida que era una burda patraña.

—Usted sabe dar sensación de realidad cuando quiere.

Haukel empezó de nuevo a sudar.

—Pero ya el personal se ha marchado. Estoy solo en el despacho...

—No sea ingenuo, Haukel. ¿Es que pretende hacerme creer que son sus empleados del despacho los que realizan estos «trabajos»?

El argumento no podía ser más convincente, y el de la cabeza afeitada reconoció para sus adentros lo confundido que se hallaba para haber empleado una excusa tan infantil.

—Desde luego, mis empleados ignoran mis verdaderas actividades —concedió, vencido.

—No sólo los de esta zona, sino los del sector occidental —completó el ruso—. Ha sabido usted crearse una doble personalidad, que aun los que estamos dentro del secreto nos resistimos a creer. En nuestra zona es usted un prestigioso abogado. En la occidental, un hábil financiero. Sabemos que diariamente cruza usted la demarcación, pero todavía ignoramos de qué medios se vale.

El oficial se lo quedó mirando con verdadera curiosidad.

—¿Acaso utiliza algún disfraz? —preguntó.

Haukel sonrió.

—Puede —dijo escuetamente.

El ruso dirigió una mirada lenta a su alrededor.

—Las luces de este despacho se ven encendidas hasta altas horas de la noche. Se comprende que trabaja usted intensivamente. Pero lo que nos llama la atención es que cuando las luces se apagan al fin, de aquí no se ve salir a nadie. Esta noche, amigo Haukel, será usted amable y complacerá mi curiosidad. Me enseñará los medios de que se vale para cruzar la línea fronteriza... No se preocupe de que yo sepa demasiado. Va usted a secuestrarme... y mi permanencia entre los occidentales quizá se prolongue más de lo que todos esperan. ¿Me entiende usted, Haukel? Quizá me aficione a la otra zona... y no sienta deseos de volver. No creo oportuno decirle más...

Tampoco era necesario. Haukel le entendía. La idea de que Nowosky quisiese «pasarse» al bando de los occidentales, brotó en su cráneo como una llamarada. Primero le deslumbró. Ello equivalía a que el ruso quedase a merced suya. Se trocaban los papeles. Ahora era él quien podía encastillarse en una severidad amenazadora. Por unos momentos pensó en azorarlo, dándole a entender con la mirada que lo consideraba un «traidor».

Pero no llegó a hacerlo. La idea deslumbradora perdió su fulgor, y en su puesto quedó solo una raya negra. El que Nowosky pensase desertar, le aterrorizó. Podía darse el caso de que sólo fuese un truco. Si Haukel le ayudaba, entonces quedaba comprobada su complicidad con los desertores. Si por el contrario, resultaba cierto que Nowosky quería evadirse, las represalias caerían sobre el intermediario. La cosa era demasiado seria.

—Un poco duro, capitán, lo que usted acaba de insinuarme... Ni usted es capaz de... desertar, ni creo que usted haya supuesto que yo sea capaz de ayudar a una acción semejante. Sabe usted demasiado cuáles son mis verdaderos sentimientos.

De la boca del ruso salió una carcajada.

—¿Cómo, amigo Haukel! ¿Usted tiene sentimientos?

El de la cabeza afeitada permaneció impassible.

—No debe usted burlarse —respondió, severo—. Sólo una

afinidad de ideas puede justificar los riesgos que corro ayudándoles.

—¿De veras? ¿Es que no cobra usted?

Haukel iba a replicar que el dinero que los rusos le daban por un motivo, se lo sacaban por otro. Pero se contuvo.

—Ha hecho usted mal en dejarme entrever la posibilidad de una deserción. Eso imposibilita que yo le ayude...

—¡Lo hará usted, Haukel! —replicó el oficial, pasando súbitamente a un tono duro—. ¡Lo hará usted, aunque para ello tenga que emplear la fuerza! Es hora de que usted se me presente sin máscara. Le he dado suficientes pruebas de que conozco todo su juego. Se también el nombre que usted utiliza entre los occidentales. Sé más aún. Conozco la cantidad de dinero y el nombre con que está registrado en un Banco de Inglaterra. Tampoco ignoro la facilidad con que usted maneja pasaportes de todas las nacionalidades. Uno de esos pasaportes va usted a extenderlo al nombre que yo le diga. Y más todavía: va usted a extender un cheque al portador, por la suma que yo le indique.

Hizo una brevísima pausa para atenazar mejor, inclinándose sobre la mesa, los ojos de Haukel, y añadió:

—¡Eso va a hacerlo ahora mismo! Tengo mis motivos para querer saltar de mi zona. Y usted también los tiene para ayudarme. No abrigue la idea de traicionarme, porque le saldrá mal. Todo cuanto sé de usted ha quedado revelado por escrito, y alguien de confianza se encargará de pasarlo a manos de las autoridades aliadas, si a mí me ocurriera «algo». Su hermosa cantidad ingresada en el Banco inglés, quedaría bloqueada. ¿Me entiende, Haukel? Su dinero, y tal vez sus múltiples personalidades. No sea usted tonto y obedezca.

¡Y parecía estar diciendo verdad! Eso era lo que más preocupaba a Haukel.

—¿No bromea, capitán?

—Usted sabe que no. Hace tiempo que le estoy siguiendo todos los pasos, con la intención de que llegara este momento. Sé que usted prepara su huida. Yo le propongo: Lléveme con usted, o todo el tinglado se viene abajo.

Se produjo un silencio. La respiración de ambos se oía profunda, como si estuviesen efectuando una difícil ascensión. El rostro de Haukel aparecía demudado.

—He pasado por situaciones difícilísimas, capitán Nowosky, pero confieso que por ninguna tan dura como ésta —manifestó Haukel, en tono de verdadera sinceridad—. Por un lado temo que todo sea una farsa para meterme en el cepo.

—Anule esa suposición —le cortó, rápido, el ruso—. Una trampa es inútil, pues con lo que sé de usted, es suficiente para colocarle ante el piquete, tanto del lado oriental como del otro. Debe creer lo que ocurre en realidad. Que me ha deslumbrado su manera de ser, esa forma de cabalgar sobre los acontecimientos y de sacar tesoros de un pueblo en ruinas. Yo me he considerado con derecho a pedir mi parte, y aquí me tiene. Eso es todo... Por lo menos, todo lo que a usted puede afectarle. ¿Qué me responde?

—En los términos que usted lo ha planteado, sólo me cabe una respuesta... Pero antes permítame una pregunta. ¿Cómo ha podido entrar aquí?

—No es la primera vez que lo hago, Haukel. Lo he hecho muchas noches. Y he averiguado que las luces se apagan dos horas después que usted se ha marchado por la puerta que hay oculta tras esa estantería.

Haukel aguantó la respuesta sin parpadear.

—¿Sabe, también, a dónde conduce esa puerta?

—No. He recelado que contuviese una trampa, y he aplazado mi curiosidad para un momento más oportuno. Por ejemplo, éste, en que usted mismo se va a encargar de acompañarme.

El hombre de la cabeza afeitada pareció pensativo. Ambas manos, extendidas sobre la mesa, se encogieron, tomando la actitud de zarpa. Enseguida los dedos abandonaron su signo dramático, para adquirir otro jugueteón, tabaleando sobre el tablero.

Si el capitán Nowosky conocía a Haukel tanto como aseguraba, debió aprovechar aquella pausa para prevenirse. Sin embargo, no lo hizo. Cuando vino a darse cuenta de que aquellas transiciones de las manos de Haukel —primero la actitud de zarpa, enseguida el tabaleo— eran reflejo de las ideas negras que el voluminoso cráneo estaba produciendo, era ya demasiado tarde.

El hombre de la doble personalidad había adoptado una actitud risueña.

—Correremos el riesgo, capitán Nowosky. ¿Qué nacionalidad prefiere adoptar?

—Brasileña —respondió el ruso.

—¡Hum!

—¿Qué ocurre?

—Demasiado gastada.

—Indíqueme otra.

Haukel se inclinó un poco para abrir el cajón de la derecha. En ese momento el ruso sacó rápidamente la pistola. El otro hizo un gesto de verdadera extrañeza.

—¿Qué sucede?

—Nada —respondió el oficial, mirándole de hito en hito, y manteniendo la pistola encarada hacia él.

En la boca de Haukel se trazó una fina sonrisa, apenas perceptible. Del cajón sacó una carpeta. La abrió y la puso delante del ruso.

—En esa primera hoja van escritas las nacionalidades más recomendables. Vea cuál le agrada más.

Otra vez los brazos de Haukel descansaban sobre la mesa. Y de nuevo las manos adoptaron una actitud de garra. Enseguida, el tabaleo alegre.

Nowosky, sin soltar la pistola, había cogido la hoja que apareció encima. Se inclinó un poco sobre la mesa, para recoger mejor la luz.

Fue el instante en que los dedos del otro empezaron a tabalear. También el momento en que las rodillas de Haukel empezaban a ascender, hasta tocar la parte inferior del tablero de la mesa.

Se oyó un ruido no mayor que el que puede producir la hoja de un libro al ser vuelta. E inmediatamente, un grito ahogado, y el busto de Nowosky se inclinó pesadamente sobre el tablero de la mesa.

Las manos de Haukel cesaron en su juego y se lanzaron sobre el arma del ruso. De un salto se colocó a un lado de la mesa. Miró el cuerpo doblado del oficial. Luego hacia la puerta. Soltó una leve risa, y enseguida una frase breve, como si respondiera a algo que le acabara de preguntar el ruso.

Se calló y avanzó sigilosamente hacia la puerta. Cuando llegó a ella, permaneció escuchando atentamente, y enseguida pasó el cerrojo.

—Todo es perfectamente legal, capitán Nowosky.

Se le colocó detrás, y cogiéndole de los hombros, tiró con fuerza.

Por debajo del tablero de la mesa asomó una delgada hoja de acero, que se introducía en el vientre del oficial.

EL cadáver quedó recostado contra el asiento, los brazos colgando, y los ojos entreabiertos. Haukel se colocó al otro lado de la mesa, y volvió a sentarse.

—Ignoro lo que de verdad y de mentira había en tus palabras esta noche... Pero no importa. Tenía ya decidido que ésta fuese mi última noche en este despacho y si sentía marcharme era por no haber tenido ocasión de hacerte pagar los apuros de estos últimos días.

Sobre la mesa, mientras monologaba, había colocado un pequeño espejo y elementos de caracterización. Debía estar muy ducho en aquella operación, porque sus manos se movían casi automáticamente y apenas se miraba al espejo.

—Nos separamos sin saber si eres de mi especie, o simplemente un cuco que se ha pasado de listo. Da lo mismo. Desde luego, sabías de mi demasiado. Sé quién te ha proporcionado esos informes. Trataré de que ése también pague su cuenta.

La testa rapada, brillante, se hallaba ahora revestida de un cabello sucio y mal cortado. Las rubias cejas se habían oscurecido. La tez, lo mismo. Veíanse, además, señalados tiznajos, como si en realidad fuese un fogonero mal lavado.

Una vez Haukel consideró terminada su caracterización, se puso de pie, sin molestarse en quitar nada de lo que había dejado sobre la mesa. Fue a la estantería de libros, apoyó una mano en uno de los paneles, y al momento la ancha estantería quedó cortada en un rectángulo estrecho. Haukel pensó entonces en lo que le había dicho el ruso. Al aludir a la puerta de escape, dijo que se hallaba a espaldas de donde estaba sentado Haukel.

Ahora era cuando este caía en la cuenta de que el oficial no había señalado el sitio exacto. La abertura de paso se abría precisamente en uno de los lados. Luego el ruso no había conseguido encontrarla. Y algo todavía más importante: con aquel error señalaba el origen de la confidencia.

Provenía de «Edwin». Precisamente la noche anterior, el mismo Haukel reveló a su enlace la existencia de un pasillo subterráneo, que cruzaba una de las fronteras interzonales. Haukel tenía el propósito de esfumarse a la noche siguiente, y fanfarroneó un poco.

Quería dejar en «Edwin» una impresión más brillante, que la de aquel obrero astroso que sólo se dejaba ver en sitios sórdidos. Dando un magistral viraje, su vocabulario se hizo de pronto elegante, culto. Sus ademanes, comedidos... Le dejó entrever que poseía un título universitario. Casi concretó la especialidad. Le habló también de un lujoso despacho. De la biblioteca giratoria «situada a mis espaldas».

«Edwin» —otro tipo mal vestido, de cara alargada y aspecto de enfermo— le miraba estupefacto. Acaso le admiraba. O tal vez —ahora se daba cuenta— le llenaba de estupor que un hombre tan sagaz como había supuesto a Haukel, cometiese la pifia de revelar sus secretos.

Y era ahora, en el momento en que hacía girar la estantería y sacaba del interior del pasadizo una chaqueta llena de rodales de grasa y carbón, y un pantalón igualmente sucio, y procedía a cambiar el costoso traje que llevaba por aquellas pobres prendas, cuando vio claro el sello indeleble de la información que poseía el oficial ruso. «Edwin» estaba en contacto con la zona oriental por cables distintos a los de Haukel.

Era el clásico sistema británico, corregido y ampliado por los rusos. Junto a una organización subterránea creaban otra independiente, totalmente ignorada por la primera, sin más misión que espiar a los propios espías.

Haukel ya se hallaba transformado en un vulgar obrero. El traje nuevo quedó tirado sobre el sillón en que antes permaneció sentado. Se tanteó los bolsillos de la chaqueta vieja, y de ellos extrajo un llavín. Al mirarlo, se dio cuenta de que en un dedo de la mano izquierda llevaba un anillo con una fulgente piedra. Se lo quitó y lo tiró sobre la mesa. La joya rebotó, y fue a caer sobre el vientre del muerto.

—Ahí tienes tu parte —dijo, con aparente seriedad.

No sentía deseos de bromear. Se daba cuenta de que se hallaba en una de las horas más difíciles de su vida. Acababa de romper la telaraña por uno de sus extremos: la recayente al sector oriental. Quedaba la de los occidentales. Ésta era más peligrosa, porque precisamente con los occidentales era con quienes pensaba convivir. Presentía las jaurías del «Intelligence Service» y el «F. B. I.»

prontas a lanzarse sobre su rastro.

En un ángulo de la mesa escritorio había quedado la pistola. La cogió y se la sujetó en la cintura del pantalón. Se metió en el pasadizo, y antes de hacer girar la estantería, dirigió una mirada al despacho. Era la misma mirada del actor que contempla por última vez el escenario donde ha efectuado sus mejores actuaciones.

Enseguida se volvió de cara a la oscura galería. Echó a andar, por una pronunciada y resbaladiza pendiente. Allá detrás, la estantería había empezado a girar y la columna de luz que llegaba desde el despacho, quedó súbitamente cortada.

Haukel siguió andando, completamente a oscuras, descendiendo cada vez más, siguiendo el conducto que subterráneamente cruzaba una callejuela, línea imaginaria que cortaba a Berlín en sectores contrapuestos.

Se producía en aquel momento la paradoja de que el Haukel de piel brillante, el que parecía asentado en una esfera dorada, buscada la entrada en la zona aliada utilizando el subsuelo y la apariencia de un desheredado.

Un rato después, recibía a pleno rostro el frescor de la noche. Lloviznaba.

Haukel acababa de apartar el matorral que obstruía el agujero. Luego trepó por un montón de tierra y cascotes. Era el pabellón de un jardín derruido por proyectiles de artillería en la pasada guerra. Al final de una avenida, destacaba la masa rectangular de un edificio.

Haukel, en vez de dirigirse allí, torció a su derecha, cruzando los macizos. Primero intentó llevar un paso acelerado, pero la tierra reblandecida por la lluvia le hacía resbalar. Llegó a un muro de piedra, de poco más de un metro de altura, sobre el que en otro tiempo se erguían gruesos barrotes de hierro. Lo saltó y echó a andar a través de un enorme solar, en el que de vez en cuando se veían enormes montañas de escombros. Un perro ladró cerca, Enseguida otros, situados más lejos.

Estos ladridos avivaron en Haukel la satisfacción de ser aquélla la última noche que cruzaba aquél para je. Siempre había encontrado el inconveniente de los perros. Unos canes sucios, tan miserables como sus dueños, aquella humanidad famélica que permanecía hacinada en cuevas practicadas en los escombros, y en

sótanos de casas en ruinas, verdaderas guaridas de la delincuencia.

No muy lejos, se oyó la pitada de una locomotora. En aquella dirección varias luces punteaban la noche. Allí era donde Haukel tenía que ir. Por aquellos alrededores estaría «Edwin» esperándole. Ya pasaba de la hora fijada para la entrevista. Esto nada tenía de particular. La exactitud de los trenes era ya cosa remota. Haukel simularía, como siempre, regresar de un agotador trabajo como empleado ferroviario. Mantendría, por última vez, la farsa ante «Edwin». Se burlaría de él hasta el último momento, y sólo al final le daría a entender que conocía todo el juego.

Después daría un rodeo y volvería al jardín, para entonces entrar en la casa. Allí le esperaba un baño templado y ropa limpia. Enseguida se revestiría de una nueva personalidad: el financiero Gruhnsseir.

Se hallaba ya cerca. Las luces enclavadas en el área de la estación eran leves manchas doradas de un fluido extenuado.

La llovizna acababa de tomar un acusado brío. Haukel pensó en el aspecto que en aquel momento ofrecería su cara, con su caracterización empujada a lo grotesco por el agua.

De pronto, vio surgir de detrás de un montón de piedras una figura inconfundible. Así y todo, preguntó:

—¿«Edwin»?

El recién aparecido emitió un pequeño silbido. Enseguida tosió. Todo estaba de acuerdo.

Haukel hacía apenas unos minutos tenía el propósito de burlarse por última vez de «Edwin». Pero ahora el dedo pulgar de cada mano lo tenía enganchado en la cintura, dejando fuera los otros cuatro dedos. Éstos empezaron a agitarse, tecleando en el aire.

Una gran prisa se apoderó de Haukel. Su mano derecha dejó de tamborilear. Gayó sobre la culata que asomaba por el borde del pantalón y cuando la delgada silueta del recién aparecido se hallaba a unos cuatro pasos, Haukel disparó tres veces seguidas.

No quiso comprobar cómo quedaba el otro. Le bastaba con haberlo visto caer.

Haukel dio media vuelta, y con toda la rapidez que le permitía el resbaladizo suelo, echó a correr en dirección paralela al solar que había cruzado antes, y que de nuevo se hallaba erizado de ladridos de perros.

CAPÍTULO PRIMERO

Desde una de las ventanas percibíase un ángulo del aeropuerto Tempelhof, situado en el sector americano. El coronel Brown, jefe del servicio de información, se quedó mirando el cielo opaco, rayado de continuo por un ir y venir en cadena de fortalezas volantes.

—Era preciso —dijo de pronto, sin volverse ni dejar de mirar al espacio.

Detrás de él, sentado a un ángulo de una ancha mesa escritorio, se hallaba el capitán Bert Bakler.

—¿Por qué, coronel? —preguntó, sin levantar la mirada de la mesa, dando la impresión de hallarse tan preocupado como su jefe.

—Consentimos que Freytag abarcase demasiadas cosas con una sola hebra. Captar al agente ruso tal vez era menos difícil que al otro. Nuestro pecado ha sido dejarnos contagiar del entusiasmo de Freytag. Estaba convencido de que mataría dos pájaros de un solo tiro. Únicamente cuando ya no tenía remedio, nos dimos cuenta de lo absurdo del plan.

Se produjo un silencio. El coronel se volvió, y en actitud cansada se dejó caer en el sillón. Los ojos pardos del capitán Bert Bakler se clavaron, inquisitivos, en los del coronel:

—Pero Freytag habrá dejado elementos suficientes para proseguir.

—Nada en absoluto, a excepción de dos nombres: el que empleaba él y el del intermediario. «Edwin» correspondía al de Freytag. El del otro, era simplemente un apodo: «Silbato».

—¿Y el del ruso?

—Lo ignoramos. El último día que vi a «Edwin» parecía muy preocupado. Su habitual entusiasmo había decrecido bastante. Intenté sonsacarle, pero fue en vano. Sus palabras, su mirada, todo en él era huidizo. Tan extraño le encontré, que llegué a pensar...

Se interrumpió. Quedó un silencio incómodo, por la frase cortada tan súbitamente.

—¿Qué pensó, coronel? —inquirió lento, Bert Bakler.

—Algo absurdo... Que nos traicionaba.

Ahora el silencio adquirió un aire dramático, como si aquella conjetura acabase de tender sobre la mesa escritorio el cadáver de «Edwin». Los dos militares quedaron pensativos. La tersa frente de Bert, quedó cruzada por una arruga honda.

—Antes que nada, coronel, desearía que me autorizara una pregunta de mucha importancia para mí.

—Puede hacerla, capitán Bakler.

—¿Quiere decirme por qué, después de tanto tiempo que se lleva sin aclarar el asunto de Oskar Freytag, se han acordado de mí?

—Porque no olvidamos los excelentes servicios que como inspector del

F. B. I.

ha prestado en los dos primeros años de la postguerra.

—En un escenario bien distinto a éste, coronel.

—No importa. En Extremo Oriente actuó como policía porque antes lo había hecho como soldado, y conocía el ambiente. Ahora se encuentra en las mismas condiciones. El tiempo que lleva usted en Alemania es más que suficiente para que usted se haya adaptado. Usted lleva en el fondo un policía más que un soldado, capitán Bakler. Y tan pronto ocurrió lo de «Edwin» usted ha hecho averiguaciones por su cuenta.

—Oskar Freytag era mi amigo...

—Lo sé —repuso el coronel—. Por eso resulta extraña su actitud —concluyó, con voz apagada.

—¿Cuál? —preguntó Bert.

—La de usted, capitán...

Se volvió a mirarle. Los ojos grises y hundidos del coronel Brown atenazaron los de Bert.

—Usted ha hecho investigaciones por su cuenta en el asunto de «Edwin». Sus pasos se han cruzado varias veces con los de nuestros agentes, sin que usted pareciera darse cuenta. ¿O sí que lo percibía?

Bert hizo un gesto vago.

—Tan pronto tuve noticias de ello —añadió el coronel— di orden de que no le estorbaran. Más aún, de que le dieran facilidades

sin que usted lo advirtiera. Pero súbitamente se produce en usted la extraña actitud. Suspende sus investigaciones, y vuelve a limitarse a su misión de soldado.

Bakler insinuó una sonrisa que no llegó a cuajar.

—Era la vuelta al deber... Lo otro fue una escapada inevitable.

—Nadie le hubiera reprochado que siguiera en ella, precisamente porque sus pasos parecían bien encaminados. Cómo ve, he respondido a su pregunta. Nos hemos acordado de usted, porque en realidad desde el principio de este asunto le hemos tenido presente... Ahora espero que usted conteste a la mía con la misma franqueza. ¿A qué se debe que usted interrumpiera sus pesquisas?

Tras un breve silencio, Bakler contestó:

—Oskar Freytag era mi amigo... En cierta ocasión, arriesgó su vida por mí...

—Nada tiene eso de extraordinario. Formamos una comunidad, en la que el mutuo sacrificio es tan natural como el respirar —replicó Brown—. Siga usted...

—Oskar era mi amigo —repitió Bert—. Y mi primer impulso al saber su muerte, fue desentrañar el misterio que la envolvía y procurar vengarle. Ése era mi único propósito. Pero me encontré con algo tan inesperado y desagradable...

—¿Qué era ello? —inquirió rápido Brown, viendo que Bakler iba a sumirse en un silencio doloroso.

Bert miró resueltamente a su superior.

—Me encontré, coronel, con la misma absurda sospecha que antes apuntó usted.

—¿Qué Freytag nos traicionaba?

Bert asintió con un movimiento de cabeza.

Y su interlocutor prosiguió:

—Con sinceridad, capitán, ¿de veras considera usted esa sospecha absurda?

Los ojos de ambos quedaron mirándose fijamente. Bert no se resistió. Posiblemente, estaba deseando la ocasión de deshacerse de aquel peso.

—No la considero absurda, coronel. Menos ahora, en que conozco el historial político de Freytag. Durante el tiempo que él y yo nos tratamos, nunca supuse que hubiese militado tan

activamente en ninguna organización. Parecía indiferente a la cosa política. Ni siquiera su ascendencia germana parecía influir en él, ante la patria de sus antepasados descuartizada. Con su aspecto enfermizo, mostrábase frío a todo cuanto ocurría a su alrededor. Su única pasión era la música. Cuando lo supe enclavado en el Servicio Secreto, me extrañé mucho. ¿Fue él quien solicitó ese puesto?

—No, Le instamos nosotros. Su frialdad, su perfecto conocimiento del alemán, nos empujaron a hacerlo... Nos costó bastante convencerle.

—Escrúpulos de conciencia —comentó Bert—. Por entonces ya debía estar trabajando para los rusos.

El coronel Brown le miró significativamente:

—Quiere esto decir que usted da por sentado que Freytag trabajaba para nuestros enemigos.

Bert no quiso retroceder.

—Sí... Lo he comprobado...

El coronel dio una palmada sobre la mesa. El tono cordial con que hasta entonces se había desenvuelto la conversación, cambió por otro severo, en el que quedaba subrayado el carácter oficial de la entrevista.

—¡Capitán Bakler! ¿Se da usted cuenta de que ha incurrido en una falta gravísima?

—Sí, mi coronel.

Brown apartó violentamente el sillón en que se hallaba sentado, y se puso en pie. Empezó a pasearse a lo largo del despacho.

—Su amistad con Freytag no puede justificar su silencio, por cuanto su amigo ya está muerto. ¿No se le ha ocurrido pensar que esa reserva obstaculiza la actuación de sus compañeros?

Brown se paró delante de Bakler. Éste también se había levantado cuadrándose ante su superior.

—Impidiendo que se sepan las circunstancias que rodean la muerte de Freytag, sostiene usted la red de espías... ¡Se hace usted cómplice de nuestros enemigos, capitán Bakler!

Bert estaba pálido. Los músculos de la cara, tensos, se acusaban bajo la epidermis prontos a romperse. El coronel Brown le observó unos momentos en silencio. Una expresión dolorosa apareció en la cara del jefe.

—¡No me gusta esto, Bert! —exclamó, malhumorado—. ¡No

quiero hablarle así! Siéntese.

Bakler obedeció. Brown volvió a situarse en su sitio de antes, sentado frente al joven oficial. Abrió un cajón de la mesa y sacó un paquete de cigarrillos. Ofreció a Bert. Éste, algo afectado todavía, cogió un cigarrillo, encendió un mechero y ofreció fuego a su jefe.

—Sabíamos que usted había averiguado que Freytag se llevaba un doble juego, sencillamente porque nosotros, siguiendo sus pesquisas, llegamos a la misma conclusión —manifestó el coronel, de nuevo en un tono familiar—. Esto no quita que su silencio siga siendo punible. En ningún momento debe usted olvidar que en esta guerra fría, la lucha se desenvuelve con una ferocidad tal vez mayor que cuando braman los cañones. Le he llamado a mi despacho no con el único fin de censurarle su silencio, sino más bien para sacarle de su apatía. Quiero que usted intervenga activamente en este asunto.

—Y casi lo estoy deseando, mi coronel. Creo que esa misión me salvará —repuso Bert, en tono sombrío.

—¿Le salvará de qué? —inquirió el jefe, sorprendido.

—Del tedio, mi coronel. Este simulacro de guerra que un año tras de otro sostenemos en las calles de Berlín, me tiene destrozado. No quiero ocultarle que tenía el propósito de presentar mi baja en el ejército.

El coronel Brown sonrió:

—Cálmese, capitán. La emoción de la guerra no está solo en la tortura de los tímpanos. Si ha sabido usted ver, habrá notado que durante el día y la noche se efectúan sordas batallas de una casa a otra, pero no por su silencio dejan de ser más feroces. Usted posee una dura experiencia por su actuación como agente secreto en Extremo Oriente. Ha sentido en distintas ocasiones y muy de cerca, el aletear mudo de ese monstruo de infinidad de cabezas.

El coronel sacudió la ceniza de su cigarrillo.

—Freytag tenía por misión conseguir importantísimos datos de experimentos científicos relacionados con el arma atómica, y que según nuestras noticias están efectuando sabios alemanes en laboratorios secretos enclavados en la zona oriental. Teníamos la impresión de que estos científicos trabajaban a espaldas de los mismos rusos, y nuestro propósito era no sólo conseguir el mayor número posible de datos, sino buscar la oportunidad para que esos

hombres se pasaran a nuestra zona.

—¿No sería una añagaza dictada a Freytag por los mismos rusos?

—En un principio, apenas descubrimos el doble juego de Freytag, creímos que sí... Pero por otros conductos, de cuya veracidad no podemos hasta el presente dudar, nos llegan constantemente informes de que ese grupo de hombres existe y que sólo esperan una garantía de seguridad para revelar sus secretos, el sitio en que se hallan y los experimentos realizados.

—¿Y por qué no les dan ésa garantía? —preguntó, con intencionada ingenuidad, Bakler.

—Porque no podemos... en tanto no quede vencido determinado obstáculo.

Aplastó contra el cenicero lo que le quedaba del cigarrillo, y el papel reventado y las briznas de tabaco formaron una miniatura de humeantes escombros vistos desde un bombardero.

—Le sorprenderá lo que le voy a decir, amigo Bakler. Al cabo de tantas pesquisas, en vez de tener acorralado al que mató a Freytag, somos nosotros los que nos hallamos en sus manos. Detrás de ese individuo no hay ninguna potencia que le ampare. Se trata de un individuo aislado, sin más resortes que su portentoso cerebro para tender hilos y tirar de ellos en el momento oportuno.

—¿«Silbato»?

—Con ese apodo lo conocía «Edwin», más bien, Freytag. Y con ese apodo se ha dado a conocer a nosotros. —¿A ustedes?— preguntó Bert, verdaderamente extrañado.

—Sí. Nos ha escrito. Su audacia ha llegado hasta ese extremo.

—¿Con qué fin?

—Para darnos a conocer el doble juego de «Edwin» y el de un oficial ruso, eliminado la misma noche... Basándonos en sus indicaciones, nuestros agentes en la zona oriental han efectuado pesquisas, y han confirmado que en una oficina situada en la zona fronteriza, perteneciente a un abogado que se hacía llamar Haukel, esa noche fue asesinado un oficial ruso.

—¿Y qué explicación dan las autoridades soviéticas a este asunto?

—Ninguna. Han guardado el mayor silencio... Ellos sabrán por qué. Aunque no es muy difícil suponerlo... Sordamente irán a la

captura de ese Haukel... lo mismo que vamos a hacer nosotros.

El coronel sacó otro cigarrillo. Con un ademán invitó a Bert, pero éste rechazó.

—Tenemos que ir tras de ese individuo por lo que le he dicho antes: porque nos tiene en sus manos. Es el único que enlaza con el grupo de científicos ocultos en la zona oriental. Y nos amenaza con revelarlo a los rusos si no le aseguramos bajo juramento que su vida y «sus bienes» depositados en determinado banco, le serán respetados. Sencillamente pide que le ayudemos a adquirir una ciudadanía libre de toda sospecha, olvidándonos por completo de su origen... Fíjese que el precio que está dispuesto a pagar por ello es tentador: se compromete a dejar en nuestra zona al grupo de científicos, sanos y salvos, junto con sus valiosas experiencias. El precio es tentador... si no fuese tan repugnante.

Tras un breve silencio añadió:

—Le estamos entreteniendo con ambigüedades... en tanto nuestros agentes se lanzan a su captura. Pero todo es en vano. O nuestros agentes son muy torpes o él es muy hábil, porque todos nuestros movimientos nos los descubre, y se permite el lujo de señalármelos... Por ahora la cosa parece que le divierte, pero corremos el riesgo de que en un momento dado se irrite, y venda su secreto a los rusos...

Hizo una pausa y, mirando significativamente a Bakler, concluyó:

—Todavía nos queda por jugar una carta. Es la que se refiere a su intervención.

Bert rechazó, sincero:

—No quisiera, que confiaran demasiado en mi aportación, cuando tan excelentes compañeros han fracasado.

—Si he de confesarle la verdad, me hago pocas ilusiones, a pesar de que tengo la mejor opinión de su manera de actuar y de su sagacidad... Pero ya le he dicho que queda esa carta, y hay que jugarla, antes que determinemos en la disyuntiva en que ese Haukel nos coloca: protegerle, pese a la repugnancia que nos inspira, o hacer que venda su secreto al diablo.

Se produjo un silencio. El coronel miró su reloj de pulsera.

—¿Conoce al doctor Buchman? —preguntó Brown.

Bert sonrió:

—Algo... Hace dos años intervino mi pierna. Creo que se la debo a él.

—Él se acuerda mucho de usted... Tanto es así, que puede decirse que a su insistencia se debe que usted haya sido llamado para intervenir en este asunto. El doctor Buchman lleva ya muchos años trabajando con nosotros, y ya se confunden en él el cirujano y el inspector. Ayer tuvimos noticia de que la tumba de Freytag había sido profanada... El doctor y yo fuimos a comprobarlo...

Se calló, quedando pensativo.

—¿Y qué? —inquirió Bert, con gran ansiedad.

—Era cierto. La ropa que llevaba Freytag la hallamos destrozada. Los que abrieron la tumba buscaban algo oculto en la indumentaria de «Edwin»... Sólo que esa ropa no era la que él llevaba la noche que le mataron.

El coronel plegó los labios en un mohín de disgusto.

—Hasta anoche no supe que da ropa de «Edwin» fue escamoteada por el doctor. Apenas terminó la autopsia y hubo informado, él se encargó de darle tierra. En su informe nada dijo de la substitución de la indumentaria... Ni siquiera ayer, cuando regresábamos del cementerio, habló Buchman...

Bakler no pudo evitar una sonrisa al evocar la testarudez del viejo doctor. Imaginó una violenta y pintoresca escena entre Brown y Buchman, al confesar este aquella substitución adoptada por iniciativa propia.

—A Buchman hay que quererle mucho para no acabar de mala forma con él —declaró Brown, súbitamente irritado—. No se da cuenta de que sus manías le llevan a veces a extralimitaciones intolerables. Ayer, a media noche, se me dejó caer en casa para revelarme que la ropa que llevaba Freytag la noche del atentado se la había quedado él, para un detenido examen... y que se le había ido de la cabeza advertírnoslo...

El coronel dio una palmada sobre la mesa.

—¡Y lo que todavía es peor! Ahora Buchman no recuerda a dónde han ido a parar esas prendas...

Bert observó el rostro de su superior. Había devenido impresionantemente pálido. Llameaban sus ojos, mirando fijamente a algo indeterminado.

—Cuando me dijo esto, teníamos ya convenida la entrevista con

usted. Le he enviado unos agentes para que le ayuden a buscar esas prendas. Le he dado de tiempo hasta la hora de la cita...

Miró de nuevo el reloj.

—Es la hora exacta. Si Buchman se me aparece fracasado...

Abrió violentamente un cajón, sacó unas hojas escritas a mano, y las tiró sobre la mesa:

—Elevaré este informe contra él. Pongo a usted de testigo de que si no lo hago, habré cometido una gravísima falta...

Descansó ambas manos sobre las hojas de papel, como si temiera que de pronto fuesen a volar, o como si se tratase de un delicado proyectil que la menor vibración pudiese hacer estallar.

—¡Le aseguro que ésta será la última que me haga ese viejo «carnicero»!

El viejo «carnicero», el doctor Buchman, había salvado dos veces la vida al coronel Brown. Una a raíz de la invasión de Europa. Otra, apenas hacía seis meses.

Bert sabía que el coronel y Buchman no podrían, pasarse el uno sin el otro. Toda la guerra y la postguerra las habían cruzado juntos... Infinidad de incidentes orlaban tantos años de relación. El de ahora era uno más.

Algo iba a añadir Brown, cuando en ese momento sonaron unos golpecitos en la puerta y, enseguida, una tos seca.

—¡Ahí lo tenemos! —masculló el jefe. Y elevando la voz—: ¡Pase!

Se abrió la puerta y apareció una figura alta, algo encorvada. Un rostro ancho, picado de viruela, y unos ojos pequeños, muy vivos. La frente abombada, coronada por una abundante y crespada cabellera. Extraordinariamente feo. Éste era el doctor Buchman.

Vestía de paisano, con un desaliño casi grotesco.

—¿Llego a tiempo, coronel Brown? —preguntó, apenas cerró la puerta.

Avanzó unos pasos, sin mirar al jefe ni preocuparse de su respuesta. Toda la atención del doctor estaba puesta en Bert Bakler, que se había levantado y esperaba el momento de encontrarse con los ojos del viejo cirujano para saludarle.

Pero los vivos ojillos resbalaban sobre Bert, examinándole de pies a cabeza, sin que en realidad parecieran verle. Y de pronto:

—¡Sí! ¡Usted es el tipo adecuado! —exclamó, mirando a Bakler a

los ojos.

Le tendió una mano:

—¿Qué tal vamos, muchacho?... Espero que el chaparrón que le tenía preparado nuestro buen coronel ha pasado ya...

Apenas atendió las frases de afecto y respeto que Bert le dirigía. Se acercó a la mesa donde Brown aguardaba, impasible.

—¿Le ha dicho ya todo, coronel?

—Lo esencial sí, doctor —respondió Brown, procurando contener su irritación—. Estamos esperando lo que usted nos diga.

—Pues eso va a ser enseguida... Sentémonos. Hay una novedad bastante agradable...

Se sentó. Bert hizo lo mismo. El doctor permaneció unos segundos con los ojos cerrados, como si le escocieran.

—Los primeros pasos del capitán Bakler no serán tan difíciles como anoche creíamos, coronel —empezó a decir el doctor.

Se volvió a mirar a Bert:

—Podrá usted empezar contando con una pista bastante concreta.

El más extrañado parecía Brown:

—¿Qué quiere dar a entender, doctor? ¿Encontró la ropa de Freytag?

El horrible gesto de Buchman se contrajo en un gesto de picardía, creando una carátula grotesca.

—La ropa de Freytag no ha habido necesidad de que apareciera, por la sencilla razón de que nunca se apartó de mi vista.

Brown se puso en pie:

—¿Qué nueva broma es ésta? —gritó, fuera de sí. Buchman permaneció imperturbable.

—Si cuando terminé mi intervención con el cadáver de Freytag me hubiese, limitado a cumplir las órdenes del departamento —siguió el doctor, con la misma tranquilidad de antes—, indudablemente que ahora usted no me miraría con esa inquina... no obstante, haberse perdido la única pista que hasta ahora existe para hallar a Haukel. Por aquellos días el Departamento estaba demasiado atareado, y yo no quise estorbarles con mis «manías». Pero es lo cierto que yo substituí la ropa de Freytag con la esperanza de encontrar en ella algo interesante.

Tras un breve silencio, añadió:

—Y puede usted creer que hasta ayer mismo, después que regresamos del cementerio, no me decidí a examinar esa ropa... ¡Un examen bien burdo, por cierto! ¿A que no lo imaginan? Me dediqué a descoser toda la ropa, sin destrozarla, no como hicieron los que abrieron la tumba de Freytag... Y en la guata de una hombrera encontré una fotografía. Muy atractiva, por cierto. Eso lo van a comprobar ustedes enseguida.

De uno de los bolsillos de la americana sacó una cartulina, junto con la pipa y la bolsa del tabaco. Ofreció la cartulina a Brown, y, mientras éste la observaba, el doctor se puso a llenar la pipa, enseguida la encendió. Con el mechero todavía junto a la cazoleta de la pipa, en tanto daba fuertes chupadas, preguntó, sin mirar a Bert:

—¿No siente interés por verla, Bakler?

Éste no tuvo necesidad de levantarse para mirar. El coronel le tendía en ese momento la foto. Al mirarla, Bert no pudo contener un gesto de sorpresa. Una bellísima joven, envuelta en un tul que parecía dejarla aún más desnuda, de esplendorosa cabellera negra y rostro de niña...

—¿Le gusta, capitán? —inquirió jovialmente la voz fosca del doctor—. Pues si el coronel lo autoriza, ése va a ser su objetivo... Como principio no está mal. ¿No opina usted lo mismo, Brown?

Pero este cada vez se mostraba más ceñudo.

—No perdamos tiempo, doctor —replicó secamente.

—Es lo que voy a hacer... ¿Quiere darle la vuelta a la foto, capitán?

Al dorso de la cartulina había una línea escrita en alemán.

—¡Es letra de Freytag! —Fue la exclamación de Bert.

—Exacto —aprobó el doctor.

La foto pasó de nuevo a manos de Brown. Éste leyó en alta voz:

«Debut el once. Le esperan...»

Levantó los ojos de la cartulina y se quedó mirando interrogativo al doctor.

—¿Cuándo dice usted que descubrió eso?

—Dos horas después que regresamos del cementerio.

—¿Y espera ahora para comunicarlo al Departamento?

—Ya sé, coronel Brown, que me he extralimitado...

—¡No, doctor! —rugió el jefe.

—Sí, me he extralimitado —siguió el otro, con una seriedad que parecía sincera—. Lo comprendí ayer, cuando vi la forma en que habían violado la tumba de Freytag... Aquella ropa destrozada me hizo volver a mi primera idea, de que en la ropa que llevaba Freytag la noche que lo asesinaron, había algo importante. Durante el tiempo que estuvimos en el cementerio, temí que usted se diera cuenta de que aquélla no era la misma ropa que llevaba cuando lo encontraron.

Brown se mordió los labios. Era una puntada a su falta de perspicacia que le dirigía Buchman.

—En realidad, usted apenas tuvo ocasión de ver al muerto —añadió el doctor.

—No corrija nada —replicó el coronel—. El hecho cierto es que no advertí el cambio... Prosiga.

—Me asusté, Brown. Créame...

—¿Miedo, usted? —rió, ferozmente, el otro.

—¡Sí, Brown, se lo juro! Anoche fui a verle porque mi desasosiego no me dejaba vivir.

—Y por lo visto, ya había usted hallado la foto...

—Desde luego.

—¿Y por qué no me habló usted de ella?

—Por lo que le he dicho antes: por miedo... Le propuse esta entrevista con el capitán Bakler, porque yo ya tenía preparado un plan. Necesitaba unas horas para comprobar ciertos detalles. Si todo resultaba tal como yo suponía, entonces mi intromisión podía disculparse teniendo en cuenta que el resultado había sido bueno... ¡Y ha sido estupendo, coronel Brown!

—¿Cree usted? —preguntó, con sorna, el aludido.

—¡Sí, amigo mío!... ¡Por favor, Brown, desfrunza ese ceño! Ya conoce usted mis aficiones policíacas. Espero que algún día se vea realizado mi sueño de dejar el bisturí para tomar el mando de una brigadilla...

—Yo también estoy deseando que llegue ese día —comentó sombríamente el jefe.

Buchman soltó una carcajada.

—No esté enfadado conmigo, Brown. Agradézcame por lo menos, la actividad desplegada a última hora. Ya sé quién es esa

joven.

El coronel permaneció callado, no queriendo perder su actitud severa. Apreciaba al doctor en todo su valor, pero no dejaba de reconocer cuán molestas resultaban a veces sus extravagancias.

—Es la primera «*vedette*» de una compañía de opereta austríaca. Hace más de un año que están actuando en Suiza...

—¿Y qué relación puede haber tenido esa joven con Freytag? —preguntó interesado el coronel.

—Ése es un punto que deberá aclarar el capitán Bakler —respondió el doctor.

Bert había vuelto a coger la fotografía, y parecía ensimismado contemplándola. En el despacho se acababa de producir un silencio. Bakler, casi de una manera inconsciente, dijo a media voz:

—«Debut el once. Le esperan...»

—Ahí es donde tiene usted que buscar, capitán Bakler —saltó el doctor—. «Debut el once». Tal como la muchacha está en esa fotografía, aparece en uno de los principales cuadros de la opereta «Espumas del Vals», estrenada en Zurich el once de marzo...

—La noche del nueve al diez de marzo fue muerto Freytag —apuntó Brown, súbitamente animado.

Los tres quedaron unos momentos callados.

—¿Dónde ha comprobado usted la personalidad de esta muchacha? —inquirió el coronel.

—En una agencia artística. He recorrido todas las del sector... Por fin, en una revista suiza...

Brown pareció asustado:

—¡No habrá descubierto el juego! —exclamó.

Buchman volvió a hacer el horrible gesto de picardía:

—¡Por favor, Brown! No me haga tan ingenuo... Nadie más que yo y ustedes ha visto esa foto. Mis pasos han sido tan sigilosos, que los agentes que usted me ha enviado para ayudarme a encontrar la ropa de Freytag, a estas horas todavía no han podido dar conmigo. He tomado los datos que me interesaban sin que nadie pudiera darse cuenta de lo que buscaba... Y los datos son éstos: La obra en que aparece esa figura, se estrena el once. La foto se halla en poder de Freytag un par de días antes. Se deduce de lo que hay escrito que para el debut se espera a alguien. ¿A quién? ¿A Freytag?

—No creo —intervino Bert—, puesto que es él mismo quien lo

escribe... Tal vez sea un mensaje que pensaba enviar a alguien...

Bakler se interrumpió al encontrarse con que el coronel y el doctor le miraban fijamente.

—¿Qué ocurre? —interrogó confuso.

—Nada, capitán —respondió Brown—. Estamos escuchándole... Prosiga...

—De momento, no se me ocurre nada más...

—A mí, sin embargo, se me ocurre una pregunta —manifestó, gravemente, el coronel—. ¿Qué fue lo que le dio a entender que Freytag estaba en contacto con los rusos?

Bert de súbito, hizo un gesto de asombro. Miró al doctor. Enseñada al coronel.

—¡Luego todo ha sido una farsa! —exclamó, poniendo una cara de niño enfadado.

—No se precipite, capitán —le atajó Brown, conteniendo a duras penas la risa—. La intromisión del doctor existe. Sólo que en vez de revelármela ahora, lo hizo ayer, al regreso del cementerio... Los datos que el doctor ha expuesto son ciertos. Él y yo llegamos a la misma conclusión que usted acaba de apuntar ahora. En esta cartulina hay un mensaje dirigido a alguien... Y ese alguien, usted sabe quién es.

—¿Yo? —preguntó Bakler, casi sin voz, verdaderamente atónito.

—Entiéndame. La personalidad concreta usted la ignora, pero usted sabe que esto iba dirigido a alguien situado en la zona oriental. Usted dejó de realizar pesquisas tan pronto le sucedió... ¿Qué fue ello, capitán Bakler?

Bert se humedeció los labios. Sin mirar a ninguno de los dos hombres, clavando la mirada en el centro de la mesa, manifestó:

—Me tropecé con un agente ruso que husmeaba en las cosas de Freytag. Le espí el tiempo suficiente para darme cuenta de que estaba muy enterado de las costumbres de Oskar... Le vi revolver sus papeles de música, elegir uno de ellos, y tras observarlo unos minutos, lo volvió a meter entre los demás. Luego abrió la caja del piano, y durante unos momentos estuvo tanteando el clavijero... Fue entonces cuando advertí mi presencia.

Bert se calló, como queriendo ordenar sus ideas.

—¡Siga! —le instó Brown.

—Salté de mi escondite, y fui cara a él... Debía tener a alguien

en el pasillo, porque en ese momento se apagó la luz. Aun pude agarrarle y luchar con él... Pero debía interesarle escapar cuanto antes sin llamar la atención, porque cuando vine a darme cuenta, me hallaba solo. Localicé por fin el conmutador de la luz. En, ese momento golpearon la puerta. Abrí, y vi que era el portero... Parecía muy asustado. Había oído ruido, y había visto salir disparados a los «dos amigos de Oskar». Por lo que luego me refirió aquel hombre, pude deducir, que eran visita habitual de Oskar...

—¿Por qué no informó de ello? —preguntó Brown. Bakler se encogió de hombros:

—¿Para qué? Sabía que ustedes me iban a la zaga... Me era muy doloroso ser yo quien diera la puñalada al buen nombre de Freytag. Decidí que lo hicieran ustedes...

—Aquellos dos espías eran falsos, capitán Bakler —reveló Brown—. No eran más que un simulacro preparado por nosotros para ver cómo reaccionaba usted...

Pero no se alegre demasiado pronto. El hombre que usted vio revolviendo en los papeles de Freytag, no hizo más que repetir lo que dos noches antes hizo un verdadero agente ruso. Cayó en la trampa que le tendimos, y al verse acorralado se suicidó...

Un dramático silencio se posó sobre los tres hombres.

—Si no hubieran violado la tumba de Freytag, hubiéramos podido creer que la visita del agente soviético era un mero intento de cazar algo. Pero ahora está claro que ellos llevan un objetivo concreto en esas pesquisas. Usted mismo, espontáneamente, llegó a la misma conclusión que nosotros: Freytag estaba en contacto con los rusos. Ahora, basándonos en lo ocurrido, cabe suponer que los del sector oriental no tenían localizadas todas las personalidades de un individuo como Haukel. Le conocían seguramente en una de sus fases: la que desarrollaba en el sector soviético. Pero a ellos, lo mismo que a nosotros, debe importarles la personalidad o personalidades que adopta en nuestra zona. De lo contrario, la cadena siempre quedará rota...

Tras una breve pausa, añadió:

—Todas nuestras pesquisas nos señalan a Haukel como autor del secuestro del profesor Kamchulze. Por otro lado, Haukel se valió de Freytag para facilitarnos algunos servicios. Este doble juego por parte de Haukel puede que fuese sincero: servir a quién mejor

pague... Pero Freytag ya no se encontraba en el mismo caso: él servía a los rusos, y lo que hiciese a nuestro favor puede que sólo fuera para despistar. Su principal objetivo debía ser la personalidad de Haukel. Tal vez lo había conseguido, y estaba a punto de revelarlo a sus jefes soviéticos. Puede muy bien ser esta fotografía... Haukel nos ha demostrado que no es tonto, por cuanto a estas alturas se permite el lujo de amenazarnos. Freytag cae veinticuatro horas antes de que se efectúe el debut que anuncia la foto. «Le esperan...». ¿A quién? ¿A Haukel? ¿Tiene este individuo algo que ver con esa compañía de operetas? Más concretamente:

¿Es esta bellísima muchacha el motivo por el cual Haukel tenía que desplazarse a Zurich?

El coronel Brown cogió el paquete de cigarrillos que tenía tirado sobre la mesa, sacó uno y le ofreció a Bert. El doctor Buchman había vuelto a cargar la pipa, y se disponía a encender. Ofreció su mechero al coronel, luego a Bert.

—Dispóngase a partir, capitán Bakler —dijo el coronel—. Se desplazará usted a Suiza, y procurará deshacer estas incógnitas... Sé que usted puede hacerlo. Y si fracasa...



Dispóngase a partir, capitán Bakler.

Cogió las hojas manuscritas que había sobre la mesa.

—Si fracasa... no tendré más remedio que dar forma a estos apuntes y elevarlos a la superioridad. Será un informe en el que quedará revelada mi incapacidad para atajar la burla de Haukel, y la intromisión del doctor Buchman... Tampoco podré silenciar

haber comprobado que usted se encerraba en una apática actitud, en momentos en que más ayuda necesitábamos...

Y mirando francamente a Bert, añadió:

—Tenga todo esto en cuenta, capitán Bakler, si en algún momento se siente flaquear. Y si no por usted y por nosotros, haga lo imposible para evitar a nuestro Estado el bochorno de tener que aceptar las condiciones de un repugnante ser como es Haukel...

Bert Bakler parecía afectado. Tras mirar unos momentos al coronel, se volvió a Buchman. Halló que los dos estaban tan emocionados como él.

—Con tanta sorpresa como en una hora me han presentado ustedes, me siento inclinado a creer que esto es un truco más —comentó humorísticamente.

Pero su voz era algo ronca. Estaba convencido de que lo de ahora era verdad.

—Si necesita mi palabra de honor, capitán Bakler... —empezó a decir Brown, con la misma oscura voz que Bert.

—No es necesario, mi coronel...

Vio que Brown había inclinado la cabeza con señales de honda preocupación.

—No sé a quién echarle la culpa —dijo, como si pensara en alta voz—, pero la verdad es que me siento fracasado...

Levantó la cabeza, y se quedó mirando a Buchman:

—En su última intervención, usted debió escamotearme algo, doctor.

Se refirió a la intervención quirúrgica realizada seis meses antes: un tiro en el cráneo. Y agregó:

—Esto ya no marcha como debe...

—Posiblemente es que quiero ocupar su puesto —repuso Buchman, evidentemente emocionado.

—O ya soy demasiado viejo...

Bert, viendo la deprimente derivación que había tomado la escena, reaccionó, lleno de vitalidad:

—¡Ahora es cuanto pido que confíen en mí! ¿Cuándo puedo salir?

—Esta misma tarde...

—Tal vez yo le acompañe —apuntó Buchman.

—¡Doctor! —gritó Brown—. ¡Si usted intenta salir de aquí...!

—Bien, coronel. No lo haré —trató de apaciguar Buchman.

Pero para sus adentros añadió: «¡No sé quién me va a impedir que solicite un permiso de tres meses! Me lo deben hace seis años...»

CAPÍTULO II

La primera parte de «Espumas del Vals» finalizaba con un número en el que figuraba toda la compañía.

Surgían de la orquesta melodías antiguas, llenas del encanto del pasado. Strauss y Franz Lear, taponazos de champaña, juegos de luces y un oleaje de velos enroscándose a los semidesnudos cuerpos de las hermosas señoritas del conjunto.

Nenia Stifer, como una síntesis de toda aquella belleza, avanzaba por la pasarela de cristal y plata, hasta situarse casi en medio del patio de butacas. Por unos instantes su magnífica figura permanecía sola, inmóvil, asaeteada por infinidad de ojos en medio de la gran sala, como una prodigiosa joya al alcance de codiciosas manos.

Bert Bakler siempre aguardaba este momento para saltar de la butaca y desaparecer por uno de los pasillos en busca del escenario. El saloncillo que precedía el camerino de la «*vedette*», en aquellos momentos estaba vacío. Esa noche, sobre los muebles y en los rincones veíanse enormes canastillas de flores dentro de cúpulas de papel cristal.

Kaika, la doncella húngara de Nenia Stifer, salía entonces del camerino llevando echado sobre un brazo un valioso batín, con el que iba a envolverse su señora apenas la escena terminase.

—¡Espere, Kaika! —dijo Bert, en alemán.

La doncella, de rostro extremadamente moreno y fulgentes ojos negros, bastante joven todavía, miró gravemente al recién llegado:

—¿Qué desea, señor Breen?

Siempre que Bert se oía llamar por el supuesto nombre, experimentaba una sensación de disgusto. Ya no era Bert Bakler. Ahora, toda su documentación figuraba a nombre de Errol Breen, capitán de Ingenieros americano, que pasaba a Suiza en situación de convaleciente, y al mismo tiempo con la misión de estudiar el

sistema de ferrocarriles alpinos.

Dos semanas llevaba en Zurich. Y no podía quejarse de haber estado perdiendo el tiempo en torno a la bellísima Nenia Stifer.

En realidad la cosa tenía un desenvolvimiento normal. Bert nunca se había encontrado con mujeres difíciles, acaso porque nunca se había interesado verdaderamente por ellas. Su situación junto a Nenia había entrado en el período de las mutuas confidencias, ya casi cruzando el umbral de la intimidad.

Pero algo había en todo aquello que al americano no le acababa de gustar. Tal vez la sospecha de que la belleza de Nenia era excesivamente peligrosa. O la inseguridad en que él se sentía bajo aquel nombre supuesto.

Fue una tontería cambiar de nombre. Muchísimos compañeros de armas del sector norteamericano en Alemania se desplazaban a Suiza para pasar sus permisos. El día menos pensado tendría un encuentro con algún conocido, y entonces todo se iría a rodar. Aquella limpia confianza que Nenia había depositado en él, cesaría.

—¿Qué desea, señor Breen?

Bert, sin contestar, cogió del brazo de la doncella el batín, y lo acercó a su rostro.

—Prefiero mil veces el olor de esta seda al de todas estas flores —exclamó, al tiempo que devolvía la prenda y se sentaba en uno de los sillones—. La obsesión que su señora produce en mí, es ya algo de locura...

La húngara permaneció impasible. Bert se la quedó observando fijamente, y preguntó:

—Me tiene usted poca simpatía, ¿verdad, Kaika?... ¿Tal vez por mi nacionalidad?...

Los ojos de la húngara quedaron entornados, posiblemente para disimular el fuerte brillo que acababa de acumularse en ellos.

—Si me permite un consejo... —murmuró.

—¿Qué es ello, Kaika?

—Que yo de usted procuraría no exteriorizar los sentimientos tan abiertamente... por lo menos en presencia de Broger...

Broger era el director de la compañía. Un fanático del arte, y un tirano para todos sus subordinados. Bert ya había tenido algunos encontronazos con él.

—¿Es que ha ocurrido algo? —preguntó, pareciendo alarmado.

—Esta tarde, la señorita ha tenido que soportar otra reprimenda...

—¡Maldito Broger! —masculló Bakler.

—¡Por favor! —cortó la húngara, verdaderamente asustada.

De afuera llegaban las agudas notas con que cantantes e instrumentos cerraban la primera parte del espectáculo.

—¡Un momento!

Y Kaika salió precipitadamente del saloncillo.

Al quedar solo, Bert se dejó caer en un sillón. Apenas se hubo sentado, se incorporó para enseguida sentarse en otro sillón, situado en sitio opuesto.

Éste era su asiento favorito. Desde él podía ver dos grandes fotografías de Nenia. Una, ataviada con ropa de noche. La otra, la «pose» que ya conocía antes de llegar a Zurich: la figura desnuda velada apenas por un oleaje de velos.

Bert observaba con ojos fríos la figura de aquella mujer, sus rasgos, incluso su carácter. Admitía que difícilmente podía hallarse una belleza que la superara, al menos para su gusto. Su cuerpo flexible y esbelto, de curvas poco acentuadas; el óvalo del rostro moreno, de labios finos y grandes ojos pardos; la cabellera negra, tan negra como la de la húngara Kaika... Lo que más admiraba Bert era la dulzura con que a veces parecía mirar Nenia. Sus ojos, y su voz, de un timbre cristalino, juvenil...

Siempre que Bert enfocaba el fondo moral de aquella muchacha, se sentía incómodo, cansado, como si fuese a emprender un problema difícil y antipático. Siempre viraba, dejándolo para más adelante.

Todavía no sabía a qué atenerse. Consideraba demasiado fácil su acercamiento a Nenia. ¿No sería una trampa que el misterioso Haukel le había preparado? Siempre que se le aparecía espontánea, Bert replicaba para sus adentros: «¡Todo farsa! Lo haces por deslumbrarme y que pierda la verdadera pista...»

Hacía dos noches mandó un informe al coronel Brown, en Berlín. Le exponía la situación, tal como él la veía:

«... Nenia se me antoja a veces, una muñeca llena de vanidad... Otras se me aparece como una muchacha ingenua y sincera... Si he de decir verdad, a veces me siento desalentado. Creo que aquí no hay nada...»

La respuesta fue fulminante:

«¡No se le vuelva a ocurrir comunicar con nosotros! Siga como va, y déjese llevar... No se les pierde de vista...»

Y lo que Bert consideraba de mayor importancia. La postdata que el coronel ponía a la respuesta. Era la siguiente:

«Como esperábamos, Haukel ha “visto” el juego que usted se lleva entre manos, y parece que le divierte. Por lo menos, parece apaciguado y no nos mete prisa para que determinemos...

»Es lo que necesitamos: *Ganar tiempo*».

Pero Bert desconfiaba, a pesar suyo, de las facultades del coronel Brown. Era cierto que parecía agotado, como si el doctor Buchman, al extraerle la bala del cráneo, seis meses atrás, se hubiese llevado adherida a ella su peculiar perspicacia.

A veces su escepticismo llegaba a considerar la iracundia de Broger algo también preparado, para cegar a Bert. Una de las noches, el director irrumpió en el saloncillo en un momento en que, como ahora, Bert se hallaba solo.

Apenas le miró al entrar, ni le saludó. Cuando menos lo esperaba el americano, el austríaco le espetó:

—¿Por qué no desaparece de nuestra vista? ¿Aún no se ha dado cuenta de que es usted impertinente?

Se interrumpió, para soltar una especie de gruñido:

—¡Usted es ciego, como buen yanqui! —masculló.

Boger era un tipo enteco, no muy alto, de ojos negros cercados por enormes ojeras, con abultadas bolsas bajo los párpados. A primera vista daba una impresión de extrema, debilidad y el que ya tuviera noticia de su energía, sin conocerle personalmente, no podía evitar un gesto de sorpresa al contrastar con la realidad la imagen que tenía formada. Pero ese gesto de sorpresa acaso no tardaba en volverse a producir, si las circunstancias provocaban una de las características intervenciones de Broger. Veía entonces que aquel hombre más bien bajo que alto, enclenque, emitía una voz acerada que parecía un látigo restallando sobre las cabezas de todos cuantos

le rodeaban. Y lo que todavía era más impresionante: la actitud atemorizada que todos adoptaban...

La noche que Broger le espetó por qué no se marchaba, Bert se hallaba en un estado de ánimo bastante deprimido. La duda de que estuviese realizando algo eficaz le roía más dolorosamente en el preciso instante en que el director manifestó su repulsa. Instantáneamente, todo cambió en Bert. Sin levantarse de su asiento, el cuerpo de Bakler parecía haber saltado, plantándose en medio del saloncillo, en actitud enarcada, pronto a golpear. Sus ojos buscaron desafiadores los del austríaco.

—Dejemos la nacionalidad respectiva, Broger. Y los motivos que pueda tener contra mí, céntrelos exclusivamente en mi persona... Yo también estoy deseando hacer lo mismo con usted...

El tono frío con que Bakler replicó, hizo tal vez más efecto que si se hubiese mostrado iracundo. Los ojos de Broger se amusgaron, como queriendo retener una imagen que se le escapaba. Su enflaquecido cuerpo vibró, tenso. Bert esperó el restallar de aquella voz de mando...

Pero en ese momento se abrió la puerta, y apareció Nenia, seguida de su doncella y algunos individuos vestidos de etiqueta, el insoportable grupo de admiradores que todas las noches se dejaba caer en el saloncillo, y que tanto exasperaban a Bakler, más que nada porque Broger parecía aceptarlos de buen grado, tal vez por molestar al americano.

Aquella noche la cosa no pasó adelante, pero al día siguiente Bert supo por Kaika, que Broger había soltado una dura reprimenda a Nenia, con motivo del «cargante yanqui».

Ahora, según la doncella acababa de manifestar, aquella misma tarde Nenia había tenido que soportar otra reprimenda de Broger, y por el mismo motivo.

En estos breves instantes en que Bert permanecía sólo en el saloncillo, se esforzaba por obtener un criterio limpio, de aquella situación que por momentos se le aparecía más confusa. ¿Qué había de verdad en aquella antipatía de Broger y en la adhesión que le demostraba Nenia? ¿No estarían los dos obedeciendo a una táctica dictada por Haukel?

Pensó en la postdata del coronel Brown: la advertencia de que Haukel había «descubierto el juego» y que parecía divertirse.

—¡Está bien! —pensó en alta voz—. Habrá que animar el espectáculo...

En un instante había decidido que el ritmo de aquella situación se acelerara. Creía tener ya un punto donde presionar: Broger. Desde ahora iba a hacer lo imposible por irritarle, ver hasta dónde resistía la adhesión que le demostraba Nenia.

En este momento se interrumpieron sus pensamientos, a causa del extraño rumor que le llegaba desde afuera. No era el acostumbrado fruir de risas y frases de las vicetiples en el momento de dirigirse apresuradamente a sus camerinos, para proveerse algo de ropa y fumarse el cigarrillo del descanso. Se oían pasos apresurados, frases entrecortadas, dichas en un timbre dramático...

Bert se levantó, seguro de que algo anormal estaba ocurriendo afuera. Y antes de llegar a la puerta, ésta se abrió. Quien primero entró fue Kaika, con el rostro blanco y los ojos espantados. Enseguida Broger, y a continuación dos tramoyistas llevando en brazos a Nenia Stifer.

Un grupo expectante, formado por personal de la compañía, empleados del teatro y público, se apelotonó contra el marco que daba acceso al saloncillo.

—¡Atrás todo el mundo! —Restalló la voz de Broger.

El grupo obedeció en silencio, apartándose unos pasos de la puerta. Aun así el director no estuvo satisfecho, y dio un portazo. Fue entonces cuando reparo en Bakler.

—¡Salga de aquí!

Pero Bert no le oyó. Tan pronto vio a Nenia en las condiciones que la traían, más el demudado rostro de Kaika, sintió que todos sus cálculos pacientemente elaborados momentos antes, desaparecían como soplados por un huracán. Indudablemente Bert Bakler era un formidable actor, si la ansiedad que demostraba en aquella situación no era fingida.

En el momento en que el director le mandaba salir del saloncillo, Bert acababa de coger de un brazo a Kaika:

—¿Qué ha sucedido?

Pero en ese instante los tramoyistas, algo aturullados, se mostraron indecisos en elegir un sitio donde depositar su preciosa carga.

—¡Aquí! ¡Déjenla aquí! —advirtió la doncella, despejando

apresuradamente un diván, sobre el que había algunas prendas de ropa.

Los empleados dieron unos pasos atolondrados, y pareció que cada uno iba a tomar una dirección distinta, para salvar el obstáculo que representaba una mesita que había en medio del saloncillo. Fue entonces cuando Bert, sin pensarlo, se arrancó hacia ellos, y en un movimiento rápido cogió en brazos el cuerpo inerte de la muchacha, que los otros cedieron enseguida, cada vez más turbados, más que por el estado de la artista, por la presencia de Broger, quien de nuevo se había puesto a gritar:

—¿Es que no me oye usted?

Loco de furia, cogió a Bert de los hombros y tiró de él. Éste se acababa de arrodillar frente al diván, sobre el que depositó a Nenia, casi desnuda, velada levemente por un tul que quedó apretujado sobre su hermoso cuerpo como un revoltijo de espuma.

La joven apenas alentaba, y un sudor frío bañaba su frente. La delicada gasa, de un blanco fuerte, ceñíase al bello busto, transparentando sus delicados contornos. El color bronce de su carne parecía aún más oscuro al contraste con el blanco velo.

Por primera vez, Bakler contempló arrobado aquella belleza. Por vez primera, su habitual recelo quedó relegado a segundo término. No se le ocurrió, no quiso pensar que en aquella situación hubiese algo premeditado. Sentía la angustia del momento como si todo aquello fuese real, y él tuviese íntimas ligaduras con aquella muchacha inerte.

Bajo la cabeza de Nenia, Kaika acababa de colocar unos almohadones. La negra cabellera apresaba el óvalo del rostro y caía sobre los hombros desnudos, y algunos mechones se anudaban en la garganta, como si fueran a estrangularla. Bert alargó una mano y se entretuvo en desenredarlos, en tanto con viva ansiedad observaba el rostro de la joven.

La indiferencia con que Bert había encajado la furia de Broger, hizo que este cayera en un loco frenesí. Con ambas manos agarró el cuello de Bakler.

—¡Ya te diré, entrometido yanqui! —rugió.

Sus largos y huesudos dedos apretaban convulsos la garganta de Bert. Sus largas y amarillas uñas comenzaron a clavarse en la carne.

Pareció que de pronto Bakler se daba cuenta de la agresión de

que era víctima. Lanzó una exclamación de cólera y, tal como se hallaba de rodillas, dio con la espalda una fuerte sacudida, y el otro soltó. De un salto Bert se puso de pie, y cuando Broger fue a darse cuenta, ya se hallaba atenazado de ambas solapas por el yanqui. Éste, frenético, con los ojos echando fuego, empezó a sacudir el enclenque cuerpo, manteniéndolo despegado del suelo. Durante unos instantes, el espectáculo que ofreció Broger fue deprimente. La puerta del saloncillo acababa de abrirse, apareciendo en primer término el empresario y un doctor. Detrás de ellos seguía la masa expectante, integrada por artistas y público.

Durante unos momentos Broger danzó como una marioneta, a la vista de todos, sostenido en alto por las manos de Bert.

—No eres más que un depósito de ira y un manojo de huesos —manifestó Bakler, súbitamente apaciguado.

Lo soltó. El director, al quedar con los pies en el suelo, pareció efectivamente un muñeco mal plantado. Pero Broger, lejos de sentirse abrumado por su desairada situación, reaccionó aún con más soberbia.

Su estatura pareció de pronto crecer. Las bolsas bajo los párpados relucían extremadamente hinchadas, como depósitos de reserva repletos del veneno que parecía fluir de aquellos enloquecidos ojos.

—¡Fuera! —clamó, con los puños cerrados y los brazos en alto, apuñalando con la mirada las pupilas de Bakler.

Tal vez de hallarse solos, Broger hubiese reaccionado de distinta manera. Pero tenía conciencia de que sus subordinados estaban allí, a unos pasos, presenciando su desairada situación. ¿Cuántos para sus adentros se alegraban de lo que ocurría?

Broger se dio cuenta y se volvió a ellos, ciego de ira:

—¿Qué esperáis? ¡Echadlo!

El doctor, sin parecer afectado por la cólera de Broger, acababa de pasar junto a él y se situaba al lado de Nenia. Este movimiento, más que la orden de Broger, disgregó la masa. Tres hombres se echaron sobre Bakler, agarrándole fuertemente, temiendo que éste fuera a resistirse. Pero Bert, que en ese instante había vuelto la cabeza siguiendo al doctor, adoptó una actitud pacífica.

—Suéltlenme —aconsejó—. Saldré por mí mismo...

La serenidad con que lo dijo, hizo efecto. Los tres hombres le

soltaron enseguida. Bert pasó junto a Broger sin mirarle, y casi rozándole, como si en realidad hubiese olvidado que el irascible artista se hallaba presente. El grupo que aguardaba frente a la puerta se abrió en un ancho arco. Tan pronto Bert hubo llegado afuera, la puerta se cerró con extremada violencia.

—¡Insoportable bicho! —masculló en inglés.

Miró a la gente que le rodeaba. Se veían muchos rostros con el maquillaje de escena. El rostro de algún actor viejo, de ojos gastados, y que ahora de pronto mostraban unas pupilas rejuvenecidas, como si una honda, potente hilaridad fuese la que estuviese avivándolos. Muchachas del conjunto defendían su casi total desnudez apretándose unas contra otras, y sus caras de muñeca, con labios rabiosamente enrojecidos y ojos desmesuradamente rasgados por el lápiz, permanecían levantadas, mirando con manifiesta simpatía al hombre que acababa de manejar al imponente Broger como si fuese un pelele.

Pero Bert salió apresuradamente del semicírculo, temiendo que su presencia entre ellos les perjudicara. Se sentía disgustado de sí mismo. Ahora era cuando en realidad sentía una fulminante cólera contra Broger. Más que nada le odiaba por su debilidad física.

Presentía que aquella rabia que no había podido desfogar, le mantendría en un persistente desasosiego.

Salió fácilmente del escenario, porque a medida que él avanzaba, la gente iba abriéndole paso. Bert presintió que en unos segundos iba a correr por toda la sala una versión de lo ocurrido, cada vez más desfigurada.

Ya fuera del escenario, durante algún tiempo estuvo cruzando pasillos, sin casi fijarse en el sitio por dónde pasaba. Varias veces tuvo la tentación de marcharse del teatro, para aguardar en el hotel donde se alojaba Nenia. Pero a medida que iba serenándose, creyó más oportuno permanecer en el teatro.

Por frases sueltas captadas al pasar junto a los corrillos estacionados fuera de la sala, tenía ya una idea de lo que había ocurrido. Nenia, en las últimas evoluciones, en el momento en que dejó el puente de cristal y saltó al escenario, quedó plegada sobre las tablas, como si un rayo la acabase de derribar. Se interpretó al principio como una improvisación de la artista. Nenia creaba sobre la marcha. El mismo director de orquesta sufrió esta ilusión.

Durante unos segundos su batuta fue frenando el ritmo de los últimos compases, esperando que Nenia se incorporara de un salto y cerrara la primera parte del espectáculo con uno de sus prodigiosos pasos de danza...

Fueron los propios compañeros de escena los que se dieron cuenta del accidente, y en un movimiento de espanto, rompieron el conjunto...

—Por fortuna no se desvaneció en el puente —oyó decir a muchos—. El golpe hubiera sido mortal...

Otro de los comentarios era considerar que Nenia Stifer trabajaba en exceso.

—¡Ese Broger es un negrero!

—Los tiene a todos dentro del puño. No he visto a gente que tiemble tanto ante la mirada de un hombre, como hace la compañía ante su director...

—¡Eso no es un director! ¡Es un loco!

La personalidad de Broger era hecha trizas, quedando tirada en los pasillos como restos de cigarrillos. No se le reconocían siquiera cualidades artísticas.

—¡Consentir esa tiranía es una vergüenza! —gritaba alguien, exaltado.

La situación derivaba a un punto grave. La libertad y los Alpes eran fondo insustituible del ciudadano suizo. Comprendían que los actores toleraran aquel despotismo por defender su pan, pero el público podía muy bien boicotear a la empresa...

Bert volvió a su asiento, en la sala. Aquí los comentarios eran tan agrios como en los pasillos Bakler empezó a mirar aquello desde un ángulo humorístico. Su ánimo había evolucionado y el escepticismo había pasado a primer término.

De nuevo recelaba que todo aquello estuviese dictado por el misterioso Haukel. Para nada tenía en cuenta que el desvanecimiento de Nenia tenía visos de realidad... Bert se resistía a admitir que aquel accidente hubiese precisamente ocurrido cuando él había entrado en el área de la artista.

—Es la primera vez que le sucede —soliloquió, casi en voz alta.

En esto se equivocaba Bakler. Horas después comprobaría que ya era el tercer desvanecimiento en menos de una semana. Los dos anteriores los había sufrido en las agotadoras horas de ensayo,

cuando solamente Broger y parte de la compañía se hallaban presentes.

Las luces del escenario se encendieron. La orquesta inició el preludio.

Bert busco en el recuadro del escenario el círculo brillante del micrófono. Las melodías de «Espumas del Vals» eran lanzadas al espacio todas las noches por una potente emisora. El humorismo de Bert se acentuó. Tan pronto se levantase el telón, esperaba que se produjese un violento altercado. Era el momento en que aparecía Broger, en el único número en que intervenía como intérprete. Broger, además de director, era un formidable pianista.

Al levantarse el telón para comenzar la segunda parte del espectáculo, aparecía una perspectiva del Danubio y Viena. Broger, sentado ante el piano, comenzaba a hacer surgir de la caja viejas melodías. La escena tomaba una luz de ensueño. Por distintos puntos comenzaban a surgir siluetas de bellísimas mujeres, que en tanto evolucionaban agitaban el ampuloso tul que apenas velaba sus hermosos cuerpos, formando espumas revueltas, provocadas por una cascada de vales.

Era uno de los números más destacados, tanto por la gracia y ajustado ritmo de las bailarinas, como por la habilidad desplegada por Broger.

¿Qué ocurriría esta noche? ¿Conseguiría Broger imponerse en el público? Bert confiaba en que no. Esperaba que el público demostrase su hostilidad de manera airada, y que el micrófono recogiera aquella bofetada contra el soberbio Broger.

Pero nada de lo que esperaba ocurrió. En su excitación, Bert había olvidado que se encontraba en uno de los países más fríos y respetuosos. Tan pronto se abrió la escena, el público ocupó sus asientos y pareció olvidar que tras aquel espectáculo de ensueño había una realidad cruel. Broger, sentado frente al piano, deslizaba sus esqueléticas manos sobre la pista de marfil. Parecían esquís cortando una tersa lámina, y en donde la polvareda de nieve quedase convertida en notas musicales. De la caja oscura del piano brotaba un turbión de melodías que volcábase en la sala y envolvía al auditorio de manera arrolladora.

Diríase que Broger conocía la animadversión del público, y la desafiaba. Nunca se mostró más soberbio que aquella noche. Ni una

sola vez miró al auditorio. Su enflaquecido cuerpo permanecía erguido, como un solitario árbol sobre la punta de un cerro, desafiando todos los vientos. Una melodía sucedía a otra, en una furiosa embriaguez. Todo parecía nuevo, improvisado. Y las figuras desnudas que habían ido surgiendo por distintos puntos de la escena marcando compases de vals, hubo un momento en que quedaron inmovilizadas, en espera de que aquel torrente de notas se aquietara y tomara un ritmo determinado.

Pero Broger parecía haberse olvidado de todo: del público y de las danzarinas. Allí estaban las semidesnudas figuras, sobre el fondo de una fantástica Viena, simulando magníficas estatuas, aguardando que Broger volviese de su extravío. Parecía burlarse de todos. Pero si era así, resultaba una prodigiosa burla. El mismo Bert, que acababa de manejarlo como a un pelele, lo veía ahora inmenso, revestido de superhombre.

El torrente de notas comenzó a aquietarse. Broger parecía haber conseguido su objetivo. Y cuando de nuevo entró en el compás del vals, las figuras rompieron su inmovilidad, la escena se llenó de espuma de velos y el público, arrebatado, se puso en pie, aplaudiendo frenéticamente.

Bakler fue de los pocos que no se movieron de su asiento. Pugnaba por vencer su emoción y permanecer indiferente. Buscaba en su memoria todos los motivos que tenía contra Broger, para empequeñecerlo.

En ese momento se dio cuenta de que le tocaban en un hombro. Se volvió y vio que era un empleado del teatro, quien con un gesto le indicó que se levantara y le siguiera.

Pudo hacerlo sin llamar la atención, porque era el momento en que la sala se hallaba revuelta manifestando su entusiasmo.

Apenas llegar a un pasillo, el empleado se volvió y le dijo en alemán:

—Le esperan en la puerta de salida del escenario.

Bert fue al guardarropía, cogió su gabán y salió a la calle. El teatro formaba un bloque aislado. Recorrió la iluminada acera que correspondía a la fachada y torció por una estrecha calle, en la que no se veían puertas, pues un lado pertenecía al teatro, y en el otro sólo se veían rejas, de forja antigua, pertenecientes a viviendas cuya entrada recaía en otras calles.

A mitad de esta calle solitaria, Bert pensó en retroceder. Creyó haber obrado precipitadamente al meterse por allí. Muy bien pudo hacerlo por la otra calle, que estaba bastante concurrida. Se desabrochó el gabán, para tener más a mano la pistola que llevaba disimulada en la cintura, y siguió andando.

—¡Esto es ridículo! —pensó en alta voz.

Por momentos se sentía más incómodo en aquella situación. Tenía una dura experiencia en esta clase de pesquisas y su irritación de ahora no obedecía a impaciencias de novato. En Extremo Oriente hubo ocasión en que estuvo meses enteros a la caza de una pieza invisible, y que sólo en el último minuto tomó forma concreta.

Pero lo que ahora le exasperaba era el no tener idea de estar pisando terreno verdaderamente peligroso. La antipatía de Broger hacia él era la cosa más natural, dado el carácter del artista. La presencia de Bert en su área, hacía que Nenia escapase al control del tiránico director. Eso era todo. ¿Qué otra cosa había visto, para poderle sacar punta y relacionarla con el asunto de Haukel? Nada en absoluto. En las dos semanas que llevaba en Zurich, sólo podía mostrar una hoja de servicios en las que figuraba como galanteador bastante ventajoso.

Ya se hallaba al final de la calle, cuando su mal humor le hizo soltar una especie de gruñido. Su mano derecha, que permanecía pronta a coger la pistola, se apartó bruscamente.

—¡Esto es ridículo! —repitió.

—¿El qué, señor Breen? —preguntó una voz de mujer.

Era Kaika. Surgió de una zona oscura que había casi en la misma esquina.

—No me haga caso —contestó Bert, adoptando un tono despreocupado—. Ahora, dígame lo que ocurre.

—La señorita ha sido trasladada al hotel.

—¿Qué? —inquirió, alarmado—. ¿Tan grave es?

Más que en la importancia de aquel desvanecimiento, en lo que primero pensó Bakler fue en el problema que representaba proseguir la función, sin Nenia Stifer. La substituiría la segunda «*vedette*», pero el que Broger aceptase aquel fallo...

—Al poco de salir usted... —empezó a decir Kaika.

—De ser arrojado, querrá usted decir —corrigió el americano, otra vez en tono humorístico.

—No debió usted hacer aquello —repuso Kaika, verdaderamente seria—. Broger no lo perdonará nunca.

—¡Que se vaya al diablo!

Pero se dio cuenta enseguida de lo inconsciente que resultaba su respuesta. Por lo que a Bert se refería, Broger podía irse al diablo. Pero ¿y Nenia?

—Me ha pedido que le avisara para que fuera usted inmediatamente a verla al hotel —manifestó la húngara, cada vez más inquieta—. Aquí cerca nos espera un coche. ¡Vamos, señor Breen! Hemos de aprovechar el tiempo que dure la representación.

Broger quedaría amarrado al teatro hasta el final del espectáculo. Bert atendió el ruego de Kaika, y la siguió al coche de alquiler que aguardaba a muy corta distancia. Subieron los dos y el vehículo arrancó.

—Nenia se repuso al poco de salir usted del saloncillo —explicó la húngara, contestando a una pregunta de Bert—. Aun sin saber lo que acababa de ocurrir entre usted y el director, Nenia miró a Broger con verdadero terror. Antes que nadie dijera nada, se incorporó, y se ofreció a continuar la representación. «¡Usted no hará eso!», la interrumpió el doctor. Broger quiso manifestar algo, pero el doctor se volvió cara a él: «¡Si usted autoriza que esta mujer trabaje esta noche!». No terminó de decirlo. Bastó la forma con que miraba a Broger. Todos estábamos extrañados. En unos minutos aparecía un segundo hombre que se oponía a la voluntad de Broger.

Se calló, hondamente preocupada. Bert se removió en su asiento, vivamente intrigado.

—¿Y qué respondió el bicho?

—¿Qué bicho?

—Broger...

La húngara se estremeció:

—¡Por favor! ¡No hable tan fuerte!

Y miró aterrorizada hacia el conductor. Bert se dio cuenta.

—Pero ¿acaso teme que este hombre...?

Iba a agregar que en ese caso resultaba idiota la urgencia y el sigilo desplegados con motivo de aquella entrevista, puesto que si temía que el conductor del coche de alquiler estuviese de acuerdo con Broger, con mayor motivo debía recelar del personal del hotel. Pero no llegó a decirlo, porque vio que Kaika misma parecía haber

llegado a idéntica conclusión. La húngara acababa de pasarse una mano por la frente, como para enjugarse el sudor o despejar ideas incómodas, y murmuró:

—No me haga caso. A veces lo esperamos todo de Broger, nos tiene aterrorizados.

—Bien lo veo. Pero lo que ahora me interesa saber es lo que él ha contestado al doctor.

—¡Una respuesta asombrosa, señor Breen! Se ha limitado a decir: «Se hará lo que usted diga, doctor».

—¡Vaya!

—¡Y esto es lo que más nos asusta, señor Breen! Cuando momentos después supo Nenia lo que había ocurrido entre usted y Broger, fue cuando decidió avisarle que fuera a verla enseguida al hotel. Algo muy importante quiere decirle...

Habían llegado ya. Se apearon. Bert pagó la cuenta y esperó a que el vehículo se alejara. Leyó la matricula, con intención de retenerla en su memoria. Kaika le esperaba impaciente en el vestíbulo. Dos tramos de escalera les separaban del primer piso, donde estaban las habitaciones de Nenia Stifer. Los subieron deprisa y enseguida el nervioso taconeo de Kaika resonó por un largo pasillo, acompañado de las recias pisadas de Bert. Se detuvieron ante una puerta. La húngara empuñó el picaporte y empujó.

Entraron en un pequeño salón, donde tres butacones rodeaban una pequeña mesa, sobre la que se veía un búcaro con flores.

—Siéntese, y espere un momento.

Kaika corrió el pestillo de la puerta por la cual habían entrado, y se dirigió a otra que se veía enfrente. Después de dar con los nudillos en la madera, la abrió con cuidado el suficiente espacio para poder pasar y se metió en la otra habitación, cerrando tras de sí.

Transcurrieron varios minutos. Bert comenzó a impacientarse. Suponía que Nenia había empeorado, por cuanto tardaba tanto en aparecer. Aguzó el oído, por si percibía algún rumor que le orientara de lo que ocurría en la otra habitación, cuando se abrió una puerta, otra situada frente a Bert.

Y vio a Nenia Stifer más bella que nunca, envuelta en un rozagante batín de seda que la convertía en una esplendorosa columna cuyo capitel fuese el medallón de su hermoso rostro, un

poco pálido, tal vez por el fuerte contraste con la seda blanca y el azabache de la cabellera.

Bert se levantó rápido, y más deslumbrado de lo que él se figuraba fue hacia la joven.

—¡Nenia! ¿Cómo se encuentra?

Como de costumbre, le tendió una mano, en espera de que la artista le correspondiera. Pero Nenia no pareció advertir este ademán. Había aparecido con un gesto grave, de honda preocupación, y el saludo de Bert no lo había alterado lo más mínimo.

—Siéntese, señor Breen...

—Muchas gracias. Pero no soslaye mi pregunta. Quiero saber cómo se encuentra...

—Bastante bien.

Había frialdad en las palabras de Nenia. Bert la miró extrañado.

—¿Qué le sucede? ¿Está enfadada conmigo?

—Siéntese, capitán Bakler —fue la respuesta de la joven.

No le miró siquiera. Pasó junto a él y se sentó en el butacón más cercano a la puerta por dónde había entrado, y que había dejado medio abierta.

Bert encajó bien la sorpresa.

—Prefiero que sea así —dijo sencillamente, sentándose frente a la artista.

La sorprendida fue ella. Como si acabase de gastar un proyectil que consideraba demoledor, y no hubiese levantado la más tenue nube de polvo.

Los ojos pardos de Nenia Stifer tenían en aquel momento un extraordinario brillo. Bert sintió en pleno rostro su relumbre, y tuvo la sensación de que dos brasas acababan de posarse en su cara.

—Explíquese, capitán Bakler. ¿Qué es lo que usted prefiere?

El americano sonrió:

—Perdóneme, Nenia. Pero creo que en esta ocasión debía concederme el privilegio de ser yo el que preguntara. ¿Por qué me llama Bakler?

—Tal vez porque usted se llama así —contestó ella, sin inmutarse y sin dejar un momento de apresarle con la mirada.

—Me tiene usted intrigado. Me gustaría saber qué le ha hecho pensar que yo tengo otro nombre distinto al que le dije en el

momento de conocernos.

Pareció dispuesta a dar una respuesta rápida. Pero se contuvo. Enseguida hizo un gesto de fatiga.

—Todo lo más dentro de un cuarto de hora, habrá terminado la función —dijo, en tono cansado—. Los compañeros de trabajo regresarán al hotel. Posiblemente, Broger y otros entren a verme. El doctor hace unos momentos que se ha marchado, dejándome ordenado qué permanezca quieta en la cama. Comprenderá que si le he desobedecido, no es para perder el tiempo en disimulos tontos. Lo, que tengo que decirle es muy importante, capitán Bakler. Y necesito decírselo en el menor tiempo posible, en beneficio de los dos.

—Bien, hable usted —repuso, fríamente, el americano.

Se cruzó de brazos, con el ánimo preparado a todas las sorpresas. Por primera vez comenzaba a sentirse seguro. Lo que estaba sucediendo era todavía muy confuso, pero le gustaba.

—Es, sencillamente, expresarle un ruego y obtener la seguridad de que usted lo va a atender. Dentro de dos fechas termina nuestra actuación en Zurich. Mí —ruego es que en estos dos días usted no aparezca por este hotel y si no es mucho pedirle, tampoco por el teatro.

Bert hizo un mohín de cómico disgusto.

—Un poco extraña su prohibición. Bien que me impida venir al hotel. Pero al teatro...

—No es prohibición. Es un ruego...

—Pero ¿con qué fin?

—Usted lo sabe demasiado. Para usted, la ira de Broger es sólo un juego. Para mí, es todo mi porvenir.

El argumento, por su sencillez, desconcertó a Bakler. Quedó pensativo, y ella aprovechó el silencio para agregar:

—Naturalmente, también le pido que no nos siga a la localidad que nos desplazamos.

Bert sabía que iban a actuar en Lucerna. Lo sabía por ella misma. Incluso habían llegado a planear excursiones para cuando se encontraran allí.

Todo eso ahora se había esfumado. Había bastado que ella le nombrara por su verdadero nombre. ¿Qué táctica era aquélla? ¿Por qué no había fingido ignorarlo?

Pensó en Haukel. «Se ha cansado del juego», dijo para sí. Enseguida lo repitió en alta voz. Nenia volvió a abrazarle con la lumbre de sus ojos.

—Sí. Este juego me cansa. Para mí, no resulta sencillo —dijo ella.

Bert se quedó mirándola, escrutador. La sinceridad de la respuesta le hizo pensar en dos posibilidades totalmente opuestas: o ella era una formidable comedianta, o una inconsciente que no advertía que se estaba comprometiendo en un asunto gravísimo.

Optó por lo primero. Ella había estado representando desde el primer día que él se le acercó. Sólo así se explicaba que una mujer en torno a la cual giraban tantos hombres, admitiese tan rápidamente en su círculo privado a un recién llegado como Bert.

Ahora que creía confirmado su recelo del principio, el que aquella cordialidad era farsa, comenzaba a sentir en su ánimo algo muy punzante y desolador. Miró a Nenia con mirada distinta a la de siempre, como a algo que había perdido definitivamente y cuyas cualidades hubiesen aparecido en todo su valor solamente entonces, en el instante en que no tenía más remedio que renunciar a ellas. Adivinó, bajo el ampuloso batín, la maravillosa escultura de carne morena. Miraba el corte de su boca, menos roja que de costumbre, que permanecía en un rictus grave. En numerosas ocasiones aquellos delgados labios le habían sonreído, sin él prestar la menor atención. Y ahora los miraba sediento, ansioso de que aquella severidad se rompiera.

Se dio cuenta de que su ánimo derivaba a una posición peligrosa, y reaccionó. La miró cómo debía mirarla, como a un enemigo.

—Perfectamente, Nenia. Si este juego no resulta divertido para usted, no me explico qué le decidió a entrar en él. ¿No se le ha ocurrido pensar que la salida tal vez no sea fácil? No es suficiente con decir: «Basta».

La palidez de la muchacha quedó borrada por una repentina oleada de sangre. Hizo ademán de incorporarse. Un brillo distinto, un brillo decididamente hostil apareció en sus ojos.

—¿Por qué no? ¡A mí no me importa lo que a usted le haya podido traer aquí! ¡A mí sólo me interesa mi profesión! ¡Quiero que me dejen en paz!

La última frase fue más bien un grito. Bert vio que toda aquella energía quedaba súbitamente rota. Nenia quedó derribada en el butacón. Con ambas manos se apretó las sienes. Inclínó un poco la cabeza, y la cabellera se precipitó por los hombros.

—¡Márchese, Bakler!

Era casi un sollozo.

—Lo siento —repuso Bert, con frialdad—. Pero ya que usted sabe el juego, no le será difícil comprender, que me es imposible complacerla.

Nenia se apartó las manos de la cara. Se incorporó en un acceso de ira.

—¡Pues yo recurriré a todos los medios para que usted no se interponga en mi carrera! Y ahora, salga inmediatamente de mis habitaciones.

—Eso ya está dentro de mis posibilidades. Voy a retirarme con el sincero deseo de que usted consiga descansar.

Iba a incorporarse cuando advirtió en ella un gesto de alarma. Sus ojos miraban espantados en dirección a la puerta que daba al corredor. Bert dio un salto, descorrió el pestillo y abrió.

En mitad del corredor vio a un hombre joven, rubio, de fuerte contextura. Vestía de etiqueta, y mostraba síntomas de embriaguez. Con los dedos pulgar e índice de la mano derecha tenía sujeto el disco de numeración de cada serie de habitaciones. Movía la mano de forma que el trocito de cadenilla y el llavín situado al otro extremo, trazaban en el aire un círculo brillante.

El joven vestido de etiqueta y con síntomas de embriaguez, al abrirse la puerta y aparecer Bakler, se le quedó mirando con aire risueño, y con la mano izquierda le hizo un saludo de franca camaradería. Sus ojos azules, brillantes, miraron de arriba abajo al americano. De pronto, pareció reparar en la estatua de seda que había erguida en el centro de la habitación. Fue en el momento en que la artista, al advertir quién era, cambió el gesto de alarma por otro de repulsión. Se volvió y dio unos pasos, apartándose del recuadro de la puerta. La rozagante vestidura llenó de brillos la estancia.

—¡La divina Nenia! —exclamó, súbitamente exaltado, el desconocido.

Enseguida miró a Bert, con un gesto de picardía:

—¡Feliz mortal!

Bert quiso cortar rápidamente aquella escena. Le interesaba más la situación que había quedado interrumpida a sus espaldas.

—¡Márchese! —le dijo, mirándole fijamente.

El otro volvió a hacer guiños de picante intención.

—¡Comprendo, amigo!

Se alejó, canturreando, trazando leves zigzags y haciendo girar con furia la llavecita. Se detuvo ante varias puertas, hasta que por fin se decidió a abrir una y se metió en la habitación. Bert permaneció pensativo.

—¿Qué espera? —preguntó la muchacha, con severidad.

Bert se volvió adentro, y, tras unos segundos de indecisión, cerró la puerta, pero sin correr el pestillo.

—¿Quién es ese individuo? —preguntó, a su vez.

—Un impertinente más —fue la respuesta.

—¿Hace mucho que se aloja aquí?

—Bastante...

Pero Nenia enseguida reaccionó:

—¿A qué viene tanta pregunta? ¿Por qué no se marcha?

Bert no pareció oírla.

—La embriaguez tiene cosas curiosas —dijo, como si pensara en alta voz—. Ese individuo tarda en reconocer su habitación, con la que ya debía estar familiarizado... y, sin embargo, reconoce la de usted.

—Porque me ha visto.

Bakler no pareció convencido.

—Estoy seguro de que, antes de verla, ya sabía que ésta era su habitación.

—Nada tiene eso de particular. Ya le he dicho que es uno de tantos impertinentes como me salen al paso. Y ahora, si fuera usted tan amable de marcharse...

—Un momento. ¿Quién temía usted que hubiera tras esa puerta?

—¡Broger! ¡Y está al llegar! ¡Márchese!

Bert sonrió. Tranquilamente dio unos pasos hasta llegar a dónde estaban los butacones, y se sentó en uno de ellos. Cabalgó una pierna sobre la otra.

—He cambiado de idea. Pienso quedarme.

Y fijando la vista en la punta del pie que mantenía en el aire,

añadió:

—Queda usted en libertad de armar un escándalo para que me echen. O esperar a Broger, para que repitamos la escena del saloncillo. Esta vez no me limitaré a zarandearlo.

—¡Usted es un demente! —exclamó la artista, mirándole aterrorizada—. ¿Qué persigue con todo esto?

—Un loco no necesita justificarse —bromeó Bert.

—¡O tal vez tenga razón Broger!

—¿En qué?

—¡En que usted es un policía!

—¡Acabáramos! —saltó Bakler, súbitamente alegre—. ¿Es él quien le ha dicho que yo me llamo Bakler? La muchacha no contestó. Pero a Bert le convino dar por sentada una respuesta afirmativa.

—¿Cuándo se lo ha dicho?

Ella siguió callada.

—Ha sido esta tarde, ¿verdad? En la reprimenda habida por causa mía.

Esto cogió a Nenia desprevenida:

—¿Cómo lo sabe usted?

La puerta que la artista había dejado entreabierta, se abrió del todo, y apareció Kaika.

—Se lo he dicho yo, señorita.

La húngara parecía más afectada por lo que ocurría que la propia Nenia.

—¿Y qué tienes tú que ver en todo esto? —gritó la joven.

La húngara sostuvo la mirada de su dueña:

—Nada diría, si no viera que usted se está metiendo en un mal paso sin que usted se dé cuenta de ello. He oído lo que le decía Broger esta tarde. No es por su carrera artística por lo que él teme que el señor... Breen esté a su lado. Esto es lo que creo que debe dejar usted bien sentado. Que es Broger y no usted, quien mueve todo esto...

—Y quien dice que yo soy policía —añadió Bert, por momentos más animado.

Sí. Por momentos le gustaba más aquello. Sus pies ya se sentían sobre un terreno firme. Sabían que llevaba un nombre supuesto y sospechaban, tal vez estaban seguros, de que la permanencia de

Bakler en torno a la artista estaba relacionada con la policía.

Que esto lo supiera Broger, era una prueba contra él. Pero... El entusiasmo de Bert quedó de pronto cortado. Temía haberse precipitado en sus conclusiones. Todo podía obedecer a un hecho bien sencillo y que desde el primer día había estado temiendo. Cualquier compañero de armas podía haberle visto en Zurich, y haber deslizado inconscientemente su verdadero nombre. Durante aquellos días, Bert había acompañado a Nenia a los sitios más concurridos. Más de una vez había ido con ella por Bahnhofstrasse, la elegante arteria comercial de fama internacional. Habían hecho excursiones por el lago.

—Apoyo el consejo de Kaika. ¡No sabe cuánto deseo que usted esté desligada de todo esto! —Manifestó, sincero.

Pero Nenia parecía des centrada. Miraba a la doncella y a Bert, con ojos extraviados, como si de repente reparase que ellos estaban presentes y no supiera explicarse por qué. Balbució unas palabras ininteligibles y sus frías manos volvieron a presionar en las sienes.

Se dejó caer en una de las butacas.

—¡No entiendo nada! —murmuró.

Respiraba fatigosamente. Kaika y Bert se acercaron a ella.

—Estoy muy cansada... Déjenme.

Su respiración fue apagándose. Su frente empezó a cubrirse de sudor. Los ojos quedaron cerrados, y las manos cayeron exangües sobre el regazo. El tronco se inclinó sobre un brazo del butacón.

—¡Señorita! —clamó la húngara, precipitándose sobre ella.

Pero ya Bert la había rodeado con sus brazos. Sin ningún esfuerzo la levantó y con el gesto indicó a Kaika que le precediera.

Pasaron a la habitación inmediata donde había una lujosa cama, y Bakler dejó en ella cuidadosamente el cuerpo inerte de la artista. Aún no había terminado de hacerlo, cuando afuera se oyeron golpecitos en la puerta.

—¡Será Broger! —exclamó Kaika, estremeciéndose.

En este momento era lo que menos deseaba Bert. Su presencia en las habitaciones de la artista no haría más que aumentar la irritación de Broger contra Nenia. Y ahora el americano había decidido evitarle todo perjuicio.

—Yaya usted a abrir —dijo Bert, en voz muy baja—. Y si es Broger, diga que me he introducido en estas habitaciones por la

fuerza. Que acabo de llegar. Y pídale que me echen.

La húngara apenas atendió lo que le decía el americano. Muy agitada, quedó unos instantes indecisa entre ir a abrir o quedarse junto al lecho, donde yacía Nenia.

Volvieron a sonar los golpecitos en la madera. La húngara reaccionó.

—No debe ser Broger. Él ya hubiera entrado.

Se decidió a abrir. Era el doctor que atendió a Nenia en el teatro.

—Márchese —dijo, dirigiéndose a Bert—. Broger acaba de salir del teatro. No va a tardar.

Al mismo tiempo, puso una tarjeta en las manos de Bert.

—Venga mañana a verme.

Bert apenas tuvo tiempo de observar a aquel inesperado aliado. Era un hombre de mediana estatura y regordete. Cara redonda, muy llena y encarnada. Se estrecharon la mano rápidamente. Ya en el pasillo, el doctor añadió, en voz muy baja:

—Mi colega el doctor Buchman, me ha enviado saludos para usted.

Bert cruzó casi corriendo el largo corredor. Al llegar a la habitación en que se había metido el joven borracho, frenó el paso. Sin un propósito determinado, miró el número de la habitación, y enseguida echó a andar deprisa. Bajó a saltos la escalera. Cuando llegó al vestíbulo, le pareció que un coche se detenía ante el hotel. Retrocedió y se metió en el vestíbulo. No había nadie. Se sentó frente a una mesita donde había algunas revistas. Apenas lo hizo, sonaron pasos en el vestíbulo. Miró disimuladamente y vio a dos elegantes damas seguidas de dos caballeros que se dirigían a la cabina del ascensor, donde aguardaba un empleado. Se expresaban en un inglés de acento exageradamente yanqui.

El vestíbulo volvió a quedar en silencio. Bert dejó la revista que tenía abierta al azar y se levantó. Un empleado se dirigía en ese momento hacia él.

—¿Desea algo el señor?

—Pensaba esperar al doctor que está en las habitaciones de la señorita Stifer. Pero tengo prisa. ¿El profesor Broger, no ha venido todavía?

—¡Oh, sí! Momentos después que usted y la doncella de la

señorita Stifer llegaran... Pero se volvió a marchar. ¿Quiere algún recado?

—No. Muchas gracias.

Ahora Bert se dirigió al vestíbulo sin la menor precaución. Ya en la calle, pensó primero en utilizar un coche de alquiler. Luego desistió. Ninguna prisa tenía en regresar a su hotel. Además, no le pillaba muy lejos.

Deseaba andar y serenar sus ideas bajo el frescor de la noche. Demasiadas cosas habían ocurrido en muy breve espacio. En primer lugar, veía a Nenia revestida de una personalidad, todavía un poco confusa, pero ya sin la vaguedad de días antes. La creía víctima de algo que todavía no tenía concreto. También consideraba sinceras las manifestaciones de Kaika. En cuanto a Broger... En ningún momento se le ocurrió pensar que éste fuese Haukel. Pero cada vez se sentía más convencido de que no todas sus iras procedían de su posición de artista fanático, celoso de que sus subordinados marchasen por derroteros distintos a los del arte. Indudablemente, que había algo más.

¿Estaba tal vez enamorado de Nenia? ¿O acaso era Haukel el que se sentía aherrojado a aquella hermosa muchacha, y utilizaba a Broger como guardián? Posiblemente fuese Haukel el soporte financiero de la compañía, y Broger quien diese la cara. Todo aparentemente estaba en las manos del irascible director. Imponía su voluntad a los empresarios, a la compañía, a los autores... Tenía dos compositores a sueldo, que a duras penas podían soportar los caprichos de Broger. Súbitamente, en cualquier momento, a veces minutos antes de que empezase la función, les obligaba a reformar cualquier pasaje de la obra.

Se dirigía hacia la boca del Limmat. Hacía unos momentos había dejado a sus espaldas la catedral románica. Desembocó en Limmatquai. Sobre el río, la niebla extendía un leve tul. En la entrada del lago, en el embarcadero, se agrupaban infinidad de luces que luego se extendían en dos líneas delgadas festoneando un puente. Se encaminó hacia allí. En la otra orilla se encontraba su hotel.

Volvió a pensar en Broger. En su inadvertida llegada al hotel. Había dejado el teatro en plena representación. Seguramente tenía noticia de que Bert había ido a ver a Nenia. ¿Oyó todo lo que

hablaron?

Le faltaba poco para llegar al puente. Marchaba arrimado a la orilla. Pequeñas embarcaciones, gran parte de ellas a motor y de tipo deportivo, se alineaban en doble hilera dentro de estrechos embarcaderos...

Su mano izquierda, metida en el bolsillo del gabán, hacía unos momentos que estaba tanteando una pequeña cartulina. Era la tarjeta del doctor. Esto le hizo pensar en las últimas palabras que el doctor le dirigió. Le transmitía saludos de su colega Buchman.

Bert rechinó los dientes. ¿Qué clase de juego era aquél? Desde luego, consideraba responsable al coronel Brown de todas aquellas imprudencias. Tal vez el doctor Buchman se había puesto en contacto con su colega en Zurich, sin saberlo el coronel. Pero Brown debió tomar toda clase de precauciones, llegar incluso a la incomunicación de Buchman, ya que no le era desconocida la tendencia a entrometerse en esa clase de asuntos, y su irreductible terquedad.

«¡Eso está bueno! —pensó, casi en voz alta—. Seguramente ha sido él quien ha comunicado, con el mayor secreto, mi verdadero nombre y la misión que me ha traído aquí».

Sus pensamientos quedaron interrumpidos por algo que advirtió detrás de él. Apenas tuvo tiempo de volverse y ponerse en guardia. Ante sí vio a dos individuos en actitud de agredirle.

Bert dio un paso atrás para controlar mejor los movimientos de los dos individuos, cuando advirtió a su izquierda otros dos hombres que salían del interior de una barca y saltaban a tierra.

Bakler empezó a golpear a ciegas. El gabán le coartaba los movimientos, pero así y todo, dos de los atacantes quedaron pronto fuera de combate. Uno quedó empotrado contra las vigas del embarcadero. El otro cayó bajo los pies mismos de Bert.

De los dos que quedaban, uno consiguió, apresarle por detrás. Bert presintió lo que iba a ocurrir, y, cómo pudo, acercó su mano a la empuñadura de la pistola que asomaba por la cintura del pantalón, y apenas la hubo sacado hizo tres disparos, apuntando a dónde podía, a tierra, sin más fin que dar la señal de alarma.



*De los dos hombres que quedaban, uno consiguió
apresarle por detrás. ...*

Nada más pudo hacer tres detonaciones. A la ternera le descargaron un fulminante golpe en la nuca, Y a pesar de su inconsciencia, aun percibió la sensación de cómo su cuerpo se inmergía en el agua. Su último pensamiento fue Nenia, flotando desnuda entre espuma de velos.

Tan pronto el cuerpo de Bakler fue lanzado al río, los dos individuos que quedaban en pie se precipitaron a reanimar a sus compañeros, huyendo después.

Por varios sitios comenzó a aparecer gente. La pistola de Bert había quedado en el suelo, y ella se encargó de designar el sitio en que se había producido la colisión.

Alguien advirtió que en el río flotaba una gran mancha negra, que parecía enganchada a los parales de un embarcadero. Dos lanchas soltaron las amarras y se dirigieron a aquel punto.

El gabán de Bakler permanecía abierto, enganchado por un extremo a uno de los troncos que emergían del agua. Instantes después, el cuerpo inerte de Bert reposaba en el fondo de una barca.

CAPÍTULO III

Le despertó la sensación de que reposaba entre dos láminas de nieve. Y se encontró entre dos sábanas blancas.

Frente a él, vio un rostro gracioso, muy joven, orlado de cabellos de oro. La enfermera, al percibir que abría los ojos, le sonrió.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, como si acabara de desprenderse de una pesadilla.

Quiso moverse, pero no pudo. Un insoportable dolor en la nuca le atenazó contra la almohada.

—¿Desde cuándo estoy aquí?

El rostro gracioso de la enfermera le resultó de pronto antipático. No le contestaba. Se limitaba a sonreírle estúpidamente.

—¿Es usted muda?

Entonces fue cuando se dio cuenta de que se expresaba en inglés.

—Acérquese, por favor —indicó en alemán.

La enfermera se apresuró a obedecer.

—Diga, señor. Pero hable lo menos posible.

—¿Dónde me encuentro?

—En la clínica del doctor Huber.

—¿Desde, cuándo estoy aquí?

En ese momento se abrió una puerta. Apareció el doctor que saludó en el hotel. Apenas entrar, con el gesto indicó a la enfermera que se retirara.

—Buenas tardes, capitán Bakler —dijo, apenas se quedaron solos—. No es necesario que corresponda a mi saludo, y evite en lo posible hablar. Además, no creo que le resulte fácil.

Eso era demasiado cierto. Los pocos vocablos que había pronunciado, le habían repercutido en el interior del cráneo en forma de aturdidores mazazos de gong.

—Se encuentra usted aquí —el doctor miró el reloj— desde hace

treinta y seis horas, exactamente. Si es usted prudente, con otras tantas se hallará en condiciones de levantarse.

Cogió una silla y la acercó a la cabecera de la cama. Se sentó.

—Fue providencial que le diera mi tarjeta. Fui avisado a los pocos minutos de ser usted sacado del río. ¡Hermoso chapuzón! Conserve usted su gabán como una reliquia. Puede usted asegurar que a él le debe la vida...

El doctor se interrumpió, viendo que Bert pugnaba por hablar.

—Buchman —balbució.

El doctor Huber se apresuró a responder:

—Está enterado, desde luego.

Lo dijo con tal naturalidad, que Bert se sintió impulsado a sonreír irónicamente. Comunicarle al doctor Buchman lo ocurrido, era incitarle a que interviniera de una manera más directa. Esto lo vio confirmado enseguida.

—Nuestro amigo llegará a Zurich de un momento a otro.

Esta vez Bakler sí que consiguió despegar la cabeza de la almohada.

—¿Quéee?

Tal espanto reflejaron sus ojos, que Huber se asustó.

—¡Quieto, por Dios!

Le cogió de los hombros, y le obligó a que reposara la cabeza contra la almohada.

—Tranquílcese. Me va usted a obligar a que me calle.

—¡El doctor Buchman aquí! —murmuró Bert.

Intentó reír abiertamente, pero dos fuertes punzadas le hicieron desistir.

—Todo depende de que le concedan un permiso que ya hace días tiene solicitado —explicó, ingenuamente, el doctor Huber.

—Se lo concederán... para evitar que deserte —repuso Bakler, sintiendo de nuevo deseos de reír.

El doctor Huber no le entendió. O acaso sonaba demasiado insólita para sus oídos de suizo la palabra deserción.

—¿Qué ha dicho?

—Nada. Que nuestro amigo vendrá, no lo dude.

Lo que acababa de afirmar Bert, no tardaría en ser confirmado por la realidad. Mientras tanto, el americano quiso saber qué había ocurrido después de la agresión.

Huber le refirió cómo fue sacado del Limmat y la desazón de cuantos le atendieron, al ver que no conseguían reanimarle. La conmoción cerebral contribuyó a complicar la cosa.

En cuanto a los agresores, que era lo que más interesaba a Bert, nada se había podido averiguar hasta aquel momento.

—Un inspector de la policía local espera mi autorización para presentarse y hacerle algunas preguntas. Procuraremos que no le moleste mucho, capitán Bakler...

Hacía rato que Bert quería hacer determinada pregunta, pero siempre la relegaba en espera de que el doctor le hablase de ello sin necesidad de que él preguntara. Diríase que Huber adivinaba su interés y se complacía en retrasar la respuesta.

—¿Y Nenia? —se decidió al fin Bert.

—Condenada al reposo —fue la contestación escueta.

—¿Qué tiene?

—Un agotamiento general sumamente peligroso. Esa muchacha, más que debilitada por un excesivo trabajo, lo parece más bien por determinada tortura de orden psicológico... Ese Broger...

Huber se interrumpió. Pero a Bakler le interesaba demasiado que prosiguiera.

—¿Qué piensa de él?

La respuesta salió rotunda:

—Que es un genial artista... Lo que no impide que, además, sea un perfecto canalla. He conseguido asustarle. Al menos eso ha aparentado, y se ha sometido de buen grado a todas mis disposiciones. Ayer mismo esa joven salió de Zurich.

—¿A dónde ha ido?

—A Lucerna. En los alrededores hay buenos sitios de reposo. Existe, además, la circunstancia favorable de que la compañía va a actuar en aquella localidad. Nenia no se sentirá tan sola.

Bert le habló entonces de la sospechosa conducta de Broger. De lo inútil que resultó el aviso de Huber, en el hotel, por cuanto Broger ya había estado allí.

—¡Eso sí que es extraño! —exclamó el doctor, con apariencia atónita—. Aseguraría que Broger no salió del teatro hasta última hora, minutos después que yo. ¿Quién le dijo eso?

—Un empleado del hotel.

—¡Extraño! ¡Muy extraño! —Manifestó, tras quedar unos

momentos pensativo—. Cada vez me siento más seguro de que Broger permaneció en el teatro hasta el final de la representación. Creo poder disponer de bastantes testigos.

Ahora era Bert quién parecía muy intrigado.

—¡Por favor, doctor Huber! Aplace toda pesquisa hasta que yo me pueda levantar. La solución de este punto puede ser importante.

—Se lo prometo —manifestó el otro.

—Y por lo que más quiera, nada diga de ello al doctor Buchman. Él lo estropearía.

En esta ocasión, Bert Bakler subestimó la discreción del doctor Buchman. Aquella misma tarde aterrizó en el aeródromo de Zurich, e inmediatamente se presentó en la clínica de Huber. La entrada en el cuarto de Bert dio la sensación de que una oleada de vitalidad aprovechaba la oportunidad de la puerta abierta para volcarse en la habitación.

—¿Qué hay, muchacho? ¿Llego a tiempo de colocarle un parche? El coronel Brown le envía sus recuerdos.

—Pero ¿él ha consentido en su viaje? —preguntó Bert, extrañado.

—¡Naturalmente!

Bert no lo creyó, pero se guardó muy bien de manifestar su duda. Tenía ya un propósito a seguir. Encajaría la presencia de Buchman lo más hábilmente posible, y en la primera oportunidad, se desprendería de él.

Más, a los pocos minutos de conversación, comprobó con gran asombro que Buchman estaba enterado de sus pasos en Zurich tanto como él.

—Brown y yo estamos muy satisfechos de usted —dijo, contrayendo su horrible cara picada de viruela—. Entre la gente de teatro se ha comportado usted como un verdadero comediante. Ahora examinaremos esa cabeza. Debe usted reponerse cuanto antes, para proseguir en su papel.

Bert sonrió, con amarga, ironía.

—A mí me queda poco que hacer —manifestó, sombrío.

—¿Cómo es eso? —Salió Buchman—. ¡Usted es el eje de este asunto! Usted es el único que puede hacer saltar de la sombra a nuestro dichoso Haukel. Usted y la bellísima Nenia.

—¿Sabe usted que todas las cartas están boca arriba?

—¿Qué cartas?

—Mi verdadera personalidad está descubierta. No se ignora la misión que me ha traído aquí.

—Naturalmente. Nosotros mismos nos encargamos de comunicarlo en el momento oportuno.

Otra vez Bert intentó despegar la cabeza de la almohada, pero el temor a las punzadas se lo impidió.

—¡Esto es absurdo! —exclamó.

—Puede —concedió Buchman—. Pero ante un enemigo tan sagaz como Haukel, no cabe otra táctica que jugar a cartas descubiertas. Él lo sabía, o lo sospechaba desde un principio. Cosas más difíciles ha averiguado. Admitió el juego de usted, porque seguramente le divertía. Pero existía el peligro de que un día se cansara, y de un manotazo interrumpiera el espectáculo. Es casi seguro que usted hubiera desaparecido sin que los que estuvieran a su alrededor supieran quién era usted en realidad. Ahora no puede ocurrir así. Broger lo sabe... Y alguien más que él.

—¿Nenia?

—Exactamente.

—¿Y no sabe usted que eso precisamente es lo que ha estropeado unas relaciones que iban sobre ruedas?

—Precisamente porque la cosa marchaba bien, se creyó oportuno amargar una cordialidad que ya pecaba de excesivamente dulzona. Para una muchacha como Nenia, es lo más conveniente. Usted debe levantarse e ir a su lado cuanto antes.

—La deferencia con que ella me trataba, dejó de existir tan pronto supo quién era yo.

—Eso era lo que buscábamos. Pero no es obstáculo para que usted vuelva a su lado. Creemos que se aproxima el momento en que su presencia va a ser más necesaria al lado de esa muchacha. Todo nos da a entender que Haukel se está poniendo nervioso. Haukel u otros que buscan el mismo objetivo que nosotros.

—¿Los rusos?

—Seguramente. Otra cosa. El coronel le comunicó que a usted no se le perdía de vista. ¿No ha llegado a darse cuenta de que agentes nuestros se movían a su alrededor?

—Puede —respondió, vagamente, Bert.

En realidad, nunca se le había ocurrido pensar que alguien

hubiese a su lado protegiéndole. Quien primero acudió a su memoria, como posible aliado, fue el joven rubio, con síntomas de embriaguez, que vio en el pasillo del hotel. Sus pensamientos quedaron interrumpidos por la actitud del doctor Buchman, quien acababa de quitarse la chaqueta y oprimir el timbre que había a la cabecera de la cama.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Bert.

—Ver el pretexto que utiliza usted para quedarse en la cama. Sospecho que no tiene usted nada más que desaliento. Está usted tomando la retirada, sin recordar que el prestigio del coronel Brown se encuentra en sus manos. Y algo todavía más grave. Sobre mi cabeza pende un informe que me cataloga de entrometido. Comprenderá que voy a hacer lo imposible por impedirlo. Para eso he venido. Vamos, vuélvase usted.

Bert despegó la cabeza de la almohada y se puso de bruces. Obedeció sin pensar en que pudiera sentir las punzadas. Y tal vez por ello no las sintió.

Cuando Bert salió de la clínica era bien de noche. Su primera visita fue al hotel en que estuvo hospedada Nenia y las principales figuras de la compañía. Ya ninguno de ellos se alojaba en aquel hotel, ni se hallaban en Zurich.

Bert cruzó el vestíbulo con la sensación de que pisaba sobre ruinas. La nota viva, brillante, de los artistas reunidos en el salón o parados en el vestíbulo, se había extinguido. Tal vez aquella languidez fuese una proyección del desánimo de Bert. Resabios de la convalecencia, quizá. O lo que era más probable, el conocimiento de que Nenia no se encontraba allí.

Pero Bakler no entró a aquellas horas en el hotel por puro recreo sentimental. Buscaba al empleado que le comunicó haber visto a Broger entrar momentos después que lo hicieran Kaika y Bert, la noche en que éste sufrió la agresión. A aquellas mismas horas, el doctor Huber comenzaba sus pesquisas entre los empleados del teatro.

Una hora después, Bakler, el doctor Buchman y Huber quedaban reunidos en la clínica.

—Los empleados del teatro afirman como yo, que Broger no se marchó del escenario hasta que terminó la función —manifestó Huber.

—Pueden confundirse con otra noche —apuntó Bert.

—No. Aquella noche era demasiado señalada. Primero, el desmayo de Nenia. Luego, la chocante escena con usted en el saloncillo. Aun duran los sabrosos comentarios que se hicieron a este respecto. Todos recuerdan, además, que durante el resto de la representación, Broger se movió entre bastidores como un ser totalmente nuevo. Ni una sola vez reprendió a los artistas, cuando éstos se retiraban de la escena, como tenía por costumbre. Todos le miraban asombrados. «Le ha sentado bien darle con los nudillos», decían.

—Pues el empleado del hotel jura haber visto a Broger entrar momentos después que lo hiciéramos la doncella de Nenia y yo.

Se produjo un silencio. Los ojos de Bert fueron animándose, como siguiendo la creación de determinadas ideas.

—Existe un detalle bastante curioso —prosiguió, mirando obstinado a un punto vago—. El empleado recuerda que aquella noche, tal vez por la prisa con que entró, Broger no actuó cómo tenía por costumbre. A pesar de que desde la planta baja al primer piso sólo hay dos tramos, Broger tenía por costumbre utilizar el ascensor. El menor retraso del empleado en abrir la cabina, provocaba una bronca. Aquella noche el empleado se quedó esperando con la puerta abierta. Broger subió a pie.

Tras una brevísima pausa, añadió:

—Puede que el empleado, aturullado por la inesperada entrada de Broger, se precipitara al ascensor, sin fijarse si en realidad era Broger. O puede que además del nervosismo del empleado, concurriese otra circunstancia que contribuyese a la confusión. Alguien caracterizado de Broger, que no conocía su costumbre de utilizar el ascensor, o que rehuyó intencionadamente utilizarlo por motivos fáciles de comprender. Tal vez la caracterización no era tan excelente como para ponerla a prueba de muy cerca. ¿Qué opinan ustedes?

—¡Que ha dado usted en el clavo, Bert! —exclamó Buchman—. ¡Lástima que Brown no esté aquí!

Huber, sin embargo, parecía muy confuso. Miraba a uno y otro esperando una aclaración.

—El doctor Huber ignora que nos hallamos enfrentados con el hombre de las múltiples personalidades —dijo riendo, Buchman—.

No dude que un día nuestro desconocido amigo le substituya a usted en la clínica, o en otras actividades más privadas. Yo tengo la ventaja de que mi cara no es muy fácil de imitar.

Buchman contrajo de tal forma el rostro, que nunca se le antojó a Bert más horrible.

—Y bien, ¿qué es lo que ahora se propone usted hacer? —preguntó el doctor, intoxicado de policía.

—Está bien claro —contestó Bert—. Partir de Zurich...

—¿A Lucerna?

—A dónde esté Nenia. En torno a esta muchacha se había tejido esta telaraña de hechos extraños. Es de suponer que donde ella se estacione, la telaraña vuelva a tejerse.

Volvió a acordarse del joven rubio con síntomas de embriaguez. ¿Un agente protector enviado por el coronel Brown? ¿Un amigo? No lo sabía. De una cosa se sentía seguro: de que aquel individuo no era el joven frívolo que aparentaba. Se había marchado también. El personal del hotel lo tenía por un muchacho alegre, a veces demasiado bullanguero, pero inofensivo. Bert distaba mucho de opinar lo mismo.

—Estoy completamente de acuerdo con su decisión de salir en busca de esa muchacha —manifestó Buchman, con la seriedad de quien tiene facultades para aprobar o desautorizar los actos de un personal subordinado—. Presumo que Brown también estará de acuerdo. Bien. Márchese usted. Yo le iré a la zaga.

Los ojos de Bert reflejaron tal espanto, que el doctor se dio cuenta.

—¡No me venga usted con mojigangas, Bert! Parece usted Brown. Yo sé ser discreto cuando es menester. Márchese tranquilo, y encuéntrase cuanto antes con los ojos de esa preciosa chiquilla. Presiento que le están esperando.

Bert no replicó. La última frase de Buchman no pudo ser más oportuna. Tal vitalidad produjo en Bakler, que todo su pesimismo desapareció. Hasta el rostro del doctor Buchman le pareció agradable.

CAPÍTULO IV

—El señor Broger está trabajando —le advirtió el portero, cerrándole el paso—. No le gusta que le estorben.

—Y a mí tampoco —respondió, fríamente, Bert—. Pero el señor Broger me está esperando. Además...

Le enseñó una tarjeta del empresario, en la que había unas líneas manuscritas autorizando las máximas facilidades al portador, dentro del teatro.

El portero adoptó enseguida una actitud deferente.

—¿Desea el señor que le acompañe al escenario?

—Gracias. Creo que podré valerme solo. Por esta puerta, ¿no?

—Sí, señor. Luego eche por el pasillo de la derecha, y al final verá la puerta que comunica con el escenario.

Bert hizo lo que el empleador le indicaba, pero una vez a mitad del pasillo, se volvió atrás unos pasos y se metió por una puertecita que había a su izquierda. Fue a salir al patio de butacas.

El escenario tenía el telón levantado y la poca luz que llegaba a la sala, procedía de allí. A nadie se veía en escena. De allá hondo venían, de vez en cuando, algunas notas producidas sobre un piano. Cuando las notas cesaban, se oía la voz de Broger, irritada:

—¡Quiero esto! ¿Me entienden? Lo repetiré otra vez.

Sonaban de nuevo las notas y enseguida, alguna frase colérica de Broger.

Bert sonrió. Imaginaba lo que ocurría. Veía a los dos compositores a sueldo inclinados sobre el papel de música, intentado transcribir con la máxima exactitud el último capricho musical del director. Esta tortura se renovaba casi todos los días. No importaba que la obra estrenada hubiese obtenido un rotundo éxito. La partitura era de continuo retocada por Broger. En tal parte proponía una modulación que durara determinados compases, y en tal otra introducía un contrapunto. A veces parecía provisto de lupa

y pinzas, y se ensañaba en un pasaje de la obra, exigiendo que tuviese un número determinado de semitonos. Los compositores se hallaban bien revestidos de paciencia.

Tenían ya la convicción de que Broger estaba loco. Pero pagaba bien.

Bert avanzaba ahora por el pasillo central del patio de butacas, con pasos amortiguados por la alfombra. De vez en cuando, dirigía una mirada recelosa a las plateas, sumidas en completa oscuridad. A ambos extremos del escenario había dos escaleras que utilizaban los intérpretes durante la representación.

Bakler eligió una de ellas para entrar en el escenario. Con ello ganaba tiempo. La puertecita del escenario seguramente estaría cerrada, y tal vez allí hubiera otro empleado impidiéndole el paso. Tendría que enseñar de nuevo la tarjeta del empresario y tal vez el empleado, antes de dejarle pasar, fuera a Broger a anunciarle la visita, con lo que el factor sorpresa quedaba suprimido.

Tan pronto se halló en el escenario, lo cruzó en cuatro zancadas y se metió por la abertura que le parecía más cerca de donde sonaba el piano. Ya dentro, tuvo que saltar sobre un montón de cables y decoraciones a medio plegar, extendidas sobre las tablas. En lo hondo del escenario vio una luz, alumbrando el recuadro de una puerta entornada. Era de allí de donde salían las notas y los reniegos de Broger.

Bert, una vez situado ante la puerta, no se cuidó de llamar. Se limitó a empujarla. Vio ante sí una habitación estrecha y enormemente larga, en la que se apilaban gran cantidad de muebles. Al final de la estancia se veía un piano. Broger sentado ante él, y a su lado dos hombres inclinados sobre una mesita llena de papeles. En otra mesita había una botella de licor, tres copas y un cenicero lleno de colillas. La habitación apestaba a polvo y a tabaco.

Ninguno de los tres se dio cuenta de que la puerta se había abierto. Broger aporreaba en aquel momento las teclas, al tiempo que gritaba:

—¡Cuenten a partir del primer bemol!

Bert aprovechó el momento en que el director apartó las manos del piano, para decir:

—¡Buenos días, señores! ¿Qué tal, maestro?

Los tres hombres se volvieron rápidos. Los dos compositores, con un gesto atónito, acababan de borrar el cansancio que había en sus rostros. Les parecía cosa irreal que nadie se hubiese atrevido a interrumpirles. Pero al reconocer a Bert, el incidente del saloncillo se refrescó en su memoria y todo el asombro desapareció, substituido por un gesto de profunda inquietud. Era seguro que ninguno de los dos deseaba ser testigo de lo que allí pudiera suceder.

Broger se había puesto de pie. Las hinchadas bolsas bajo los párpados tenían un matiz violáceo. Los ojos negros brillaban fatigados.

—¿Qué desea, señor Breen? —preguntó, con extraordinaria amabilidad.

—Me confunde usted, señor Broger —repuso rápido, Bert—. Soy el capitán Bakler. Del servicio de información estadounidense.

Seguía la táctica aconsejada por el doctor Buchman. Golpear con la verdad los ojos del enemigo. Tenía dos ventajas: deslumbrarle y mellar sus recelos.

Si la aparición de Bert parecía, haberle desconcertado, la franqueza con que se presentaba le hizo dar un paso atrás y dejarle caer en el asiento en que se hallaba antes.

—Vengo a hablar con usted, maestro. ¿Tal vez el momento es inoportuno?

—¡Oh, no! —murmuró Broger.

Súbitamente, miró alarmado en dirección a la puerta. Bert lo advirtió.

—He venido solo —dijo.

Era bastante para que Broger no lo creyera.

—Creí prudente que en nuestra conversación no hubiese testigos —añadió.

Era una oportunidad que Bakler daba a los compositores para salir. Adivinaba la desazón de éstos al tener que presenciar una escena deprimente, que luego repercutiría en ellos en un odio feroz del director.

Broger le entendió. Era lo mismo que él estaba deseando.

—Váyanse —dijo sin rodeos.

Los dos compositores se apresuraron a obedecer. Tan pronto Bert y el director quedaron solos, éste le invitó con el ademán a que

se sentara. Luego designó con la mirada la botella de licor.

—¿Una copita, capitán Bakler?

—Muchas gracias, Broger... pero mi salud aun deja mucho que desear.

—¿Está usted enfermo?

—Un poco acatarrado —respondió, con aparente seriedad—. Efectos de zambullirse en el río a horas intempestivas.

El músico hizo un gesto vago. Pero Bert estaba dispuesto a no perder tiempo.

—Usted sabe a qué me refiero, Broger.

—Perdón, capitán. Pero si no se explica más...

—Por mí no hay inconveniente.

Con frase rápida aludió a la noche en que Nenia sufrió el desmayo. Recordó, de pasada, la escena del saloncillo. Esto hizo que las bolsas violáceas que Broger tenía bajo los párpados, tuvieran un leve estremecimiento.

Habló de la furtiva entrevista con Nenia, en el hotel. Del aviso del empleado, de que Broger había entrado detrás de ellos.

—¡Imposible! —le interrumpió el otro—. A esa hora estaba yo en el teatro...

Bert prosiguió, como si la interrupción no hubiera existido. Pasó a referirse al punto más importante: a la agresión de que había sido objeto. Procuró dar a la escena los toques más dramáticos.

—Si existo —concluyó— lo debo a la casualidad. Pero de esa casualidad voy ahora a sacar todo el partido que me sea posible, Broger, tengo graves cargos contra usted. Usted, o alguien que se hacía pasar por usted, ha intentado quitarme del medio. No es una acusación vaga. Tengo excelentes testigos. En la puerta del teatro espera un coche con policía local. Esperan un aviso mío para entrar y detenerle. He supuesto que a usted no le interesa el escándalo. Es lo mismo que me sucede a mí. Prefiero que las cosas se desenvuelvan por su curso normal.

Tras una breve pausa, agrego:

—Tengo pruebas de que usted conocía mi verdadera personalidad, antes de la agresión. Tampoco me faltarán testigos de la antipatía que usted sentía contra mí. Esto le compromete, Broger. ¿Se da usted cuenta? Usted seguramente no ignora que la misión que me trajo al círculo de ustedes, tiene su gravedad.

Efectivamente, Broger no debía ignorarlo, por cuanto intensamente pálido, los músculos tensos, miraba obstinadamente al suelo, como si algo horroroso y al mismo tiempo fascinador, acabase de aparecer allí.

—¿Qué es lo que usted quiere de mí? —preguntó, casi sin voz.

—Conocer el verdadero motivo por el cual usted me apartaba de su círculo.

—Es bien sencillo. Su presencia perjudicaba a una de mis mejores artistas. Usted sabe a quién me refiero.

—Naturalmente que lo sé. Y usted tampoco ignora que es a ella a quién principalmente voy a referirme. Antes de venir aquí, he interrogado a gran parte de la compañía, y nadie sabe dónde se encuentra Nenia hospitalizada. Lo mantiene usted en un riguroso secreto.

—Desde luego. Nenia necesita descanso. El visiteo la perjudicaría.

Broger parecía haber recobrado la serenidad. Respondía sin titubeos, y ya se atrevía a mirar a Bakler a los ojos.

—Cuida usted de sus artistas con verdadero celo —repuso Bert, con evidente ironía.

—De artistas como Nenia, sí —manifestó Broger, con voz grave—. Llego incluso a extremos improcedentes. Sólo yo sé lo que cuesta sacar algo de la nada.

Bert le miró intrigado.

—¿Cómo?

—Cuando Nenia llegó a mis manos sólo era una golfilla sucia, algo bonita... pero terriblemente torpe.

—Algo vería usted en ella para decidirse a emprender la tarea de pulirla.

—Yo, no —replicó Broger, súbitamente enardecido—. Yo sabía desde un principio que ahí no había nada. Yo sé lo que me cuesta conseguir que esa muchacha parezca algo más que una mujer hermosa. Al cabo del tiempo me doy cuenta de que sólo he triunfado a medias. Nenia no siente el arte. Es incapaz de sacrificarlo todo por él.

Miró a Bert, como si por primera vez se diera cuenta de que él estaba presente. Sus ojos se animaron, reflejaron una oculta, diabólica alegría.

—¿Usted quiere verla? Por mí no hay inconveniente. Y creo que por ella tampoco.

Emitió una risa convulsa.

—¡Es gracioso! —exclamó, apoyando la sudorosa frente sobre una mano, y el codo sobre la madera del piano.

Quedó en actitud pensativa.

—¿Qué es lo que le choca? —inquirió Bert, haciendo esfuerzos por procurar un tono normal con que disimular el vivo interés que sentía en aquellos momentos.

—Los medios de que se vale a veces la vida para devolver los golpes —respondió Broger, siguiendo en su actitud pensativa—. Hace tiempo, «alguien» creyó castigarme imponiéndome a una tosca muchacha para que yo sacara de ella una joya. Era el capricho de un poderoso, hastiado de mujeres brillantes.

Se quitó la mano de la frente y la dejó caer con suavidad sobre el teclado.

—Fue una dura imposición. Yo tenía conciencia de que esculpía sobre una materia que a la menor sacudida se rompería y quedaría convertida en un vulgar montón de cascotes. No obstante, yo realicé mi obra.

Se quedó mirando a Bert, con ojos febricentes:

—Usted puede juzgar si Nenia destaca de lo vulgar. ¿No la considera una joya excepcional? ¡Dígalo, capitán Bakler! ¡Si en eso consiste la gracia del golpe! A millares de hombres como usted, Nenia se les antoja algo insólito. Y esto ha llegado a influir en el ánimo de quien me la entregó hecha un pedrusco arrancado de un solar arrasado por la guerra. ¿Se da cuenta, capitán? Ahí tiene el poder del arte.

—¿Quién es ese «alguien»?

—Lo ignoro —fue la respuesta rápida de Broger, que hizo sin pestañear—. Puede ser cualquiera de los encopetados señores que no pierden ninguna representación. Yo sólo puedo decirle que sus oportunos cheques, han sacado en más de una ocasión a la compañía de un seguro desastre.

—¿En concepto de qué percibía ese dinero?

—Ya se lo he dicho: por pulir el pedrusco.

Bert rompió a reír.

—¿No le parece una salida demasiado extravagante?

—Sin duda. Pero es así... Las referencias que yo conseguí cuando hice el trato con ese señor, de nada le podrían servir, capitán, si como sospecho, es su personalidad lo que le interesa. Una de las condiciones que me fueron impuestas era que yo me limitaría a mi labor de artífice, sin averiguar más. Yo he cumplido.

—¿Y él?

—También. Sus cheques han llegado en el momento oportuno... excepto en estos últimos tiempos. Nuestro desconocido protector debe andar mal de fondos.

Broger reparó en la mirada intensa que le dirigía Bert.

—¿Qué le ocurre?

—Nada, Broger. Que todo cuanto usted ha dicho me resulta interesante. Creo que volveremos a tratar este asunto. Ahora me interesa saber...

—Dónde se encuentra Nenia —le atajó el artista.

—En el balneario de Wengen.

—Perfectamente, Broger. Me ha puesto usted tan contento, que me siento dispuesto a aceptarle una copita.

—Eso está enseguida, capitán.

Broger se levantó, y fue a dónde estaba la botella y las copitas. Bert se puso en pie, para dejarle paso. Disimuladamente, fue a situarse en el sitio donde el director estaba sentado antes.

En el momento en que Broger llenaba dos copitas, una mano de Bert extraía una nota escrita a lápiz que asomaba por entre los papeles de música que había en el atril del piano. Se la guardó, en el preciso instante en que el artista se volvía hacia él.

—También yo me siento contento, capitán —manifestó, manteniendo en los ojos un brillo vivísimo.

—¿Por qué, Broger?

—Me libero al fin de una labor ingrata. Nenia no es más que una mujer. Es lo que con insistencia he estado diciendo yo durante mucho tiempo. Usted se va a encargar de que «alguien» se convenza ahora.

—Está bien, Broger —dijo Bert, después de apurar media copita—. Tengo prisa ahora... Pero no tardaremos en volvernos a ver.

El artista no hizo nada por retenerle. Le acompañó hasta la puerta del escenario. Bakler enfiló el largo pasillo, cruzándolo a toda prisa. Ya en la calle, se dirigió a un coche que aguardaba en la

acera de enfrente de, donde estaba el teatro. Apenas subir, el vehículo se puso en marcha.

Aparte de Bakler, en el coche había otros dos individuos. Uno, el más fornido y de más edad, era un inspector de policía suizo. El otro, un compañero de Bert Bakler. El inspector del

F. B. I.,

Jim Cayner, que al frente de una brigadilla, había tomado Lucerna como campo de operaciones el mismo día que la compañía de Broger hacia su debut. Estaban en relación con la policía local, si bien no habían manifestado claramente la verdadera misión que les había traído allí. La versión que habían dado era que iban a la caza de una organización de falsificadores de moneda.

—Os espera un trabajo difícil, Cayner —anunció Bert, apenas el coche arrancó.

De uno de sus bolsillos sacó un papel, el que acababa de coger de encima del atril. Eran notas musicales, seguidas de cifras y letras.

—Esto debe llegar a poder del coronel Brown cuanto antes, para que lo pase a los técnicos de los servicios de cifra. ¡Buena les espera! Y, sin embargo, yo creo que la clave...

Se quedó pensativo. Cayner y el inspector suizo no pudieron evitar una mirada intrigada hacia aquel papel, cubierto de notas ininteligibles.

—¡Los caprichos musicales de Broger! —exclamó Bert—. Escucha, Cayner, y usted, inspector. Es necesario formar en torno a Broger un cerco invisible, y que ninguno de sus movimientos ni contactos pase inadvertido. Naturalmente deben intervenir su teléfono. No creo que esta vigilancia sea necesaria mucho tiempo. Presiento que las cosas se van a precipitar. Broger no me ha mentado al designarme el sitio en que esta Nenia, tal vez porque recelaba que nosotros ya lo conocíamos. Voy a trasladarme a Wengen. Mientras me preparo para el viaje, te dictaré un informe: mi punto de vista sobre este asunto. Este informe puede ser reforzado por las declaraciones que os presten los dos compositores que trabajan para Broger. No te será difícil interrogarles. Y todo este material, a la mayor rapidez posible, debes mandarlo al coronel Brown.

Calló unos instantes, para poner en orden sus ideas.

—No me descuiden la vigilancia de Broger —insistió—. Le

concedo la máxima importancia a lo que él haga en las horas que se avecinan. Y tú, Cayner, en cuanto llegue el doctor Buchman, envíamelo al balneario. Creo que lo necesitaré.

Lo que no sabía Bakler era que cuando llegase al balneario de Wengen, ya haría unas horas que el doctor Buchman se encontraría allí.

Eso lo comprobó aquella misma tarde. El balneario de Wengen, enclavado a unos mil trescientos metros de altitud, aproximadamente, tenía a su alrededor un grandioso panorama. Los Alpes berneses hincaban sus dientes blancos en el azul purísimo. La Jungfrau (La Doncella), con sus cuatro mil ciento sesenta y seis metros, mostraba el afilado cuchillo, y la túnica incólume de su nieve eterna.

Bert fue directo al hotel en que se alojaba Nenia. En la administración, una vez se hubo cerciorado de que la artista se alojaba allí, pidió habitación. Al ir a inscribir su nombre, en el libro, fue cuando advirtió que el doctor Buchman le había tomado la delantera. Pidió una habitación lo más próxima posible a la del doctor, que era lo mismo que decir a la de Nenia, pues la de Buchman y la de la artista se hallaban casi juntas. Le dieron una situada enfrente.

Tan pronto hubo dejado su equipaje en su departamento, llamó en la habitación del doctor, y, como ya suponía, nadie le respondió desde dentro.

—¿A quién busca? —le preguntó una mujer del servicio.

—Al doctor Buchman.

—Está en la terraza.

Se dirigió allí. Enseguida comprobó que Buchman, con sólo unas horas de estancia en el hotel, era ya popular. Lo halló en medio de un corrillo de huéspedes que reían a mandíbula batiente por algo que él estaba refiriéndoles.

Gran parte de los que había en la terraza, eran enfermos. En el momento en que apareció Bert, el doctor acababa de arrastrar una silla, y separándose del corrillo se sentó frente a un viejo que ocupaba una silla de ruedas, las piernas envueltas en mantas. También éste reía por lo que decía Buchman, y continuamente se estaba quitando los lentes para limpiarlos, debido al acceso de risa. La cabellera abundante y esponjada del doctor daba a su testa un

aire de grotesco león. Al ver a Bert, lanzó una exclamación muy semejante a un rugido. Se puso en pie, y con los brazos extendidos fue hacia él.

—¡Pero, muchacho! ¡Esto sí que es una sorpresa! Lo abrazó, dándole fuertes palmadas a la espalda. Enseguida le dio un empujón, y, señalando a los presentes, dijo:

—Les presento al capitán Bakler. ¡Un excelente muchacho!

Enseguida, miró al viejo del sillón:

—Éste es el protagonista de la historieta que te referí al principio.

Y volviéndose a Bert:

—Es la que se refiere a la herida de tu pierna. Les he dicho la verdad: asunto de faldas premiado como acción de guerra.

—¡Pero, doctor! —Intentó protestar Bert, no sabiendo a dónde iba su amigo con aquellos despropósitos.

—¡No te sofoques, Bert! Todo es gente discreta. Ahora, vamos a tomar un *cocktail* para celebrar tu llegada. ¿Alguno de ustedes nos quiere acompañar?

No esperó, en realidad, que ninguno contestara. Les volvió enseguida la espalda:

—Entonces, vamos nosotros.

Y cogiendo a Bert de los hombros, se lo llevó casi a la fuerza, al tiempo que decía, de forma que todos le oyeran:

—Me tienes que contar muchas cosas, Bert.

En realidad, Bakler casi no se dio cuenta, de cómo entraron en el bar. Se vio de pronto sentado ante la barra.

—¿Por qué no en una mesa aparte? —preguntó, extrañado.

—Porque es mejor aquí —respondió Buchman, con naturalidad.

Y enseguida, aprovechando que el barman se retiraba para prepararles el *cocktail*, añadió, en voz baja:

—Me perdonas que te tutee, ¿verdad?

—¡Por favor, doctor Buchman! Lo que nos ocupa es serio.

—¡Dímelo a mí! Tengo importantes cosas que comunicarte. Y supongo que tú a mí...

Bert dijo para sus adentros: «¡Dios me libre de que yo le diga nada!». De nuevo se sentía pesimista.

Temía que aquel hombre, en una de sus extravagancias, lo echase todo a rodar.

El barman puso ante ellos dos vasos con la combinación pedida. En el momento en que Bert tomaba un sorbo, al volverse a mirar a su izquierda, la sorpresa le produjo un acceso de tos. En un extremo del mostrador acababa de ver al joven rubio, de fuerte contextura, que, con apariencias de embriaguez, se encontró en el pasillo del hotel en Zurich. Éste parecía mirándole desde mucho antes, y tan pronto se encontró con la mirada de Bert, le hizo con la mano un saludo campechano, como si fueran viejos amigos.

También ahora sus ojos azules tenían brillo de embriaguez.

El doctor se dio cuenta del saludo.

—¿Conoces a ese joven?

Bakler dio una respuesta vaga.

—Es peligroso —añadió Buchman.

—Ah, ¿sí? —inquirió Bakler, intrigado a pesar suyo.

—Bastante peligroso —siguió el doctor, con la mayor seriedad—. Corteja a la muchacha continuamente. Y aunque ella parece que no le haga caso, qué quieres que te diga. El muchacho no es mal tipo. ¡Ándate con cuidado!

A punto estuvo Bert de soltar un exabrupto. Esperaba una revelación trascendente, y se había encontrado con una tontería. Pero lo chocante fue que, a los pocos segundos, lo que le había dicho el doctor ya le preocupaba seriamente.

—¿Dónde está Nenia? ¿La ha visto usted?

—Desde luego. Somos muy amigos —respondió el doctor.

Su rostro ancho, picado de viruelas, con los dos puntos vivísimos de sus ojos pequeños, quedó levantado, mirando a un punto vago de la estantería repleta de botellas.

—Creo que aún te recuerda. Ahora debe hallarse en su cuarto. ¿Quieres que vayamos a verla? Estoy autorizado para visitarla cuando quiera.

Era lo primero que le oía decir que tuviera un poco de lógica. Salieron del bar. En el pasillo se encontraron con numerosos huéspedes que regresaban de la terraza. Buchman tuvo una frase afectuosa para cada uno. Iba también el enfermo de la silla de ruedas.

—¿Qué hay, señor Stener? ¿En busca del retiro?

—No hay más remedio, doctor —respondió el viejo, amusgando los ojos tras los cristales, para mirar a Bert.

—Luego pasaremos un rato a charlar con usted... Si no le estorbamos...

—¡Con mucho gusto, doctor!

Y el viejo rompió a reír.

—Sus historietas son muy graciosas —comentó.

—Traigo una buena provisión. Ya verá usted. Hasta luego, señor Stener.

Buchman y Bakler prosiguieron unos pasos más allá, hasta detenerse ante una puerta.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Bert.

—Un enfermo. Una víctima de mis colegas. Lo tienen aquí desde hace bastante tiempo. El truco de los Alpes sigue siendo un buen sacaperras.

Dio con los nudillos a la puerta, Esta se abrió enseguida y apareció Kaika.

—¡Capitán Bakler!

Había sincera alegría en la húngara. Se volvió enseguida a mirar adentro:

—¡Señorita!

—Pase, capitán —se oyó decir a Nenia—. Y usted también, doctor...

La artista acababa de levantarse de un sillón situado junto a un ventanal que enfocaba las altas cumbres nevadas. Vestía un batín oscuro que la hacía más delgada y alta. La negrísima cabellera, recogida hacia Atrás, dejaba desnudo el óvalo de su rostro, de piel tersa y dorada. Resplandecían sus ojos pardos, y cuando Bert se encontró con ellos, se turbó:

—¿Qué tal, Nenia?

La muchacha se encogió de hombros, en un gesto resignado:

—Perfectamente, dentro de lo que cabe.

—¿Echa de menos a sus compañeros?

—Bastante.

La mirada de Bakler fue a parar sobre un pequeño aparato de radio que había sobre una mesita.

—Pero eso no la dejará sentirse tan sola. ¿Coge la transmisión alguna noche?

—Todas —respondió Kaika—. En vano le digo que no lo haga. Espero que usted y el doctor me ayudarán para hacerla desistir.

—¿Por qué? —intervino Buchman—. «Espumas del Vals» tiene una música deliciosa.

—Es verdad corroboró Bert. —Y aunque la tienen demasiado sabida, siempre existe el regalo de alguna improvisación de Broger.

Kaika y Nenia se quedaron serias.

—No mentar al diablo —dijo, humorísticamente, Buchman.

—Perdón. Lo he hecho sin pensar —manifestó Bakler, sinceramente dolido.

—No tiene importancia —repuso, alegremente, la artista—. Siéntense, Kaika, ¿por qué no vas a qué nos preparen té?

—Voy enseguida.

—Una buena idea —aprobó el doctor, levantándose en el momento en que se acababa de sentar—. Y yo voy a invitarles a una copita de un licor preparado por mí. No se asusten, es propio para damas.

En unos instantes, Bert y Nenia quedaron solos. Se dieron cuenta en el momento en que la puerta se cerraba. Los dos jóvenes se miraron, un poco confusos. Los dos al mismo tiempo rompieron a reír.

—¡Vaya! Los dos parecían de acuerdo —comentó Bert.

—Los tres —rectificó la artista—. Porque la iniciativa la he tomado yo. En realidad, quería hablarle a solas, pero no creí que fuera tan pronto.

Se quedó mirando seriamente a Bakler:

—Dígame, ¿qué ocurrió aquella noche? Me ha tenido muy preocupada.

—No tuvo importancia. En todo caso, ya hablaremos de eso en otro momento. Lo que ahora interesa... Fíjese en esto, Nenia. No se trata de una impertinente curiosidad, sino de algo muy importante. Es necesario que usted mire atrás, aunque ello no le sea agradable.

—¿Por qué no, capitán? ¿Qué es lo que quiere que le diga? —inquirió la muchacha, mirándole francamente.

—El motivo que la llevó al teatro.

—Pues es bien sencillo: la casualidad.

—Concrete más.

—La casualidad o la fatalidad, como usted prefiera, capitán. La misma fatalidad que durante la guerra destruyó mi casa y mi familia, y a mí me llevó a un campo de concentración de niños

judíos. Después, he rodado por dónde la pendiente ha querido.

Tras un breve silencio, agregó:

—Lo curioso es que, a pesar de mi insignificancia entonces, yo me consideraba fuerte. Aun ahora me recuerdo llena de poder. En aquella época yo capitaneaba una pequeña banda de muchachos. Vivíamos en sótanos de casas derrumbadas. Si la policía intentaba entrar en nuestras madrigueras, estaba perdida. No podían contra nosotros. Una noche, hallándonos sentados a la entrada de nuestro refugio, oímos disparos. No eran contra nosotros. Pronto nos dimos cuenta de que la policía tenía acorralado a un hombre. Nos sentimos impulsados a protegerle, y otro muchacho y yo salimos por él. Hallamos al hombre. Estaba herido. Como pudimos, lo arrastramos hasta el refugio. La policía nos descubrió y disparó contra nosotros. El muchacho murió en el acto. Yo tuve suerte. Sólo un rasguño en el brazo.

Se levantó una manga del batín y se quedó mirando una leve cicatriz en el antebrazo. La miraba con la emoción de quien de pronto contempla todo su pasado.

—¿Qué fue de aquel hombre? —inquirió Bert.

—Estuvo con nosotros hasta que curó sus heridas. El día antes de dejarnos, repartió su dinero y sus alhajas con todos mis compañeros. A mí se limitó a preguntarme qué aspiraba a ser. En aquellos momentos, yo tenía en las manos un trozo de revista. En ella aparecía una deslumbrante mujer, artista de teatro. Le tendí el trozo de papel. «Algo así», le contesté. El hombre guardó silencio. Fue al día siguiente, en el instante de irse, cuando me dijo que ocho días después, en un punto determinado del centro de Viena, al anochecer, me esperaba. Cuando fui, el que me aguardaba era un hombre distinto. Ya, no volví más al solar. Al día siguiente empezaba mi preparación para el teatro. ¿Puedo decir que lo debo todo a la casualidad?

Bert no pareció oír la pregunta con que Nenia terminó.

—Dígame quién era el hombre que ustedes acogieron en su refugio.

—Nunca llegué a saberlo, pero no es difícil suponer que se tratase de algún contrabandista. Viena se prestaba mucho, entonces...

—¿Y usted ha ignorado que ese hombre ha estado

constantemente protegiéndola con envíos de dinero a Broger?

—No lo he ignorado. Sé que ese dinero ha hecho que muchas veces la compañía pudiera salir adelante. Sé también que esa ayuda estaba prestada a condición de que Broger me tuviera las riendas sujetas. Muchas veces me hubiera rebelado, y vuelto quizá al arroyo. Pero Broger no lo permitía. Broger y la aprensión de dejar a mis compañeros desamparados.

—Broger tampoco sabe quién es ese hombre.

—¿Le ha hablado de él? —preguntó la artista, sorprendida—. Le habrá cogido usted en un momento de depresión. Le habrá oído echar postes contra mí. En eso lleva razón. No soy la artista que él desea... Muchas veces odio el teatro.

Se produjo un silencio. Bert, mirando fijamente a la muchacha, preguntó, lento:

—¿No cree que Broger está enamorado de usted?

—A su manera, sí —respondió, sencillamente, Nenia—. Como ama su arte.

—¿Y el otro? ¿El protector?

Ella le miró, extrañada:

—¿Por qué lo pregunta? ¡Si nada sé de él!

—No importa.

Se oían pasos próximos. Enseguida sonaron golpecitos en la puerta. Entraron Kaika y el doctor.

—Afuera se está organizando una excursión a la Jungfrau. Para mañana a primera hora. He dicho que cuenten con nosotros. Desde luego, usted vendrá, Nenia. Prescripción facultativa —concluyó Buchman, adoptando una actitud humorísticamente solemne.

Después de la cena, Buchman invitó a Bert a ir a charlar en el saloncillo que había al final del corredor, donde algunos huéspedes se reunían en tertulia.

Bakler alegó que se sentía cansado. Pero al doctor no era fácil engañarle.

—Tú vas a reunirte con Nenia.

Bert se limitó a sonreír.

—No es usted conmigo todo lo franco que yo esperaba —dijo de pronto el doctor, adoptando una actitud grave—. ¿Qué es lo que teme?

—De usted nada, doctor —repuso Bakler, con muestras de gran

preocupación—. Pero todo está en el aire aun y presiento que el minuto decisivo se acerca. Si se me escapa, habrá que empezar de nuevo. Vaya usted a la tertulia, doctor. Dentro de un rato me reuniré con ustedes.

—Está bien —repuso Buchman, resignado.

Salió del cuarto de Bakler. Cuando los pasos del doctor ya no se oían en el pasillo, Bert abrió la puerta, apagó la luz, y salió, cerrando la habitación sólo con el picaporte. Ya en el corredor, encendió un cigarrillo y silbando una cancioncilla fue a la puerta de la artista. Llamó bastante fuerte.

—Soy yo, Nenia —dijo en voz alta—. ¿Se ha acostado ya?

La puerta se abrió.

—¡Pase, Bert! —contestó, alegremente, Nenia—. Kaika le ha preparado café.

Bakler entró en la habitación de Nenia y la puerta se cerró. Contrastaba la alegría que habían demostrado fuera, con la seriedad en que quedaron los tres, incluyendo a Kaika, apenas se cerró la puerta.

—¿Cree usted que irá? —preguntó la artista, en voz baja.

—Sí —respondió Bakler—. Antes no le dimos tiempo. El doctor anunció demasiado ruidosamente que nos marchábamos, y pudo escapar. Pero dejó huellas en mi habitación.

Dirigió una mirada en torno.

—¿Por qué no pone la radio?

—Por si a usted le molestaba —respondió la artista.

—No. Todo lo contrario. Hágala funcionar como todas las noches.

La pusieron a un volumen bastante elevado, para que la conversación apenas se percibiera desde fuera. Captaron la retransmisión de «Espumas de Vals», que se estaba representando en un teatro de Lucerna. Apenas hablaron hasta el final de la primera parte. Los ojos de la muchacha brillaban humedecidos.

—¿Nostalgia? —preguntó Bert.

—No sé, en realidad, lo que me ocurre. Tan pronto siento que aquello es mi verdadera vida, como me horrorizo al pensar que he de volver a aquello.

—Eso es debido al agotamiento en que usted se halla. Eso pasará.

Algo iba a responder la joven, cuando le hizo seña de que callara. Bajo el volumen de la radio, y abrió un poco la puerta. Era la tercera vez que lo hacía.

Perú ahora dirigió una mirada significativa a la muchacha, y salió rápidamente, sin cuidarse de cerrar del todo la puerta. Dos pasos más allá estaba su habitación. Por debajo de la puerta temblaba una débil raya de luz.

Cogió el pestillo, dio una patada a la puerta y se apartó del marco, en tanto una de sus manos hacía funcionar el conmutador. La habitación se iluminó.

—Esta vez me parece usted demasiado despejado para equivocarse de puerta —dijo Bert, amartillando una pistola y dando un paso en el interior de la habitación.

Frente a él, el joven rubio permanecía en actitud tranquila, pese a que lo habían cogido in fraganti. Sobre una mesita había una cartera de Bert, abierta. El joven acababa de extraer de ella un puñado de papeles, que sostenía con una mano en tanto con la otra sujetaba una lámpara automática.

Bakler dio con el pie a la puerta, y cerró de golpe.

—¿Qué explicación quiere dar a esto? —inquirió el americano, en tono humorístico.

—La única que cabe —respondió, el otro—. Que quería curiosear sus cosas. Pero me ha defraudado.

—¿De veras?

El joven rubio, de fuerte contextura, dejó sobre la mesa los papeles y la lámpara, y mirando la pistola de Bert, dijo:

—Si me da usted un cigarrillo, me evitará que tenga que meter las manos en mis bolsillos. Creo que usted desea que conversemos.

—Sí, desde luego —asintió el americano, secamente—. ¡Vuélvase y levante los brazos!

El otro obedeció, sin chistar. Bert lo cacheó rápidamente. No le encontró armas.

—Siéntese ahí —le ordenó, al tiempo que le daba un cigarrillo.

Bakler se situó enfrente, y se guardó la pistola.

—Bien, empiece —pidió Bert.

—Sólo puedo decir —repuso el otro, sin dejar de sonreír— que como buen yanqui ha estado usted perdiendo el tiempo.

Algo notó Bert en el acento del otro, que le hizo exclamar:

—¡Usted es ruso!

Éste no se inmutó:

—¿Qué le encuentra de particular? En un país tan hospitalario como es Suiza, cabemos todos. Usted y yo nos hemos encontrado más veces de las que usted supone.

—Sí —rezongó Bakler—. Una de ellas en el lago de Zurich.

—Se equivoca, Bakler. Eso fue obra de Haukel.

Bert no pudo disimular la sorpresa que le producía la claridad con que el otro se expresaba.

—¿Luego usted lo conoce?

—Sé poco, más o menos lo que usted. Igual que usted, sospecho que se encuentra aquí. Y por eso quiero proponerle un pacto.

Bakler le miró irónico:

—¿Lo cree usted posible?

—Sin ninguna duda. Tenga en cuenta que yo tengo ventaja sobre usted. Yo no he perdido el tiempo tomando en serio los galanteos a la muchacha.

Algo muy mordaz iba a replicar Bakler, cuando en aquel momento el aparato de radio situado en la habitación de Nenia empezó a sonar fuerte. La segunda parte de «Espumas del Vals» había empezado. Era el número de Broger. Sus improvisaciones. Era lo que Bakler esperaba con mayor ansiedad. Y precisamente por ello, disimuló, haciendo como que no prestaba atención a las notas del piano.

—Si usted y yo estableciéramos un pacto... —empezó a decir Bert, en voz alta y despreocupada.

—¡Cállese! —le interrumpió el ruso.

—¡Al diablo la música! —rió Bakler—. Me interesa más lo que usted y yo podamos convenir.

—Pero ¿no se da cuenta? —rugió el otro—. ¡Broger está comunicando con Haukel!

Había sacado bloc y lápiz, y anotaba. Cuando percibía determinadas notas, hacía una raya. Otras, un punto. En realidad, parecía que determinadas teclas del piano estuviesen punteando un morse menos monótono que el normal.

Naturalmente, Bakler permaneció callado. Por fin veía concretado lo que tanto tiempo había estado torturándole, sin él mismo darse cuenta.

El ruso había llenado dos caras del bloc, en el momento en que el piano cesó de sonar. Se oyó enseguida una estruendosa salva de aplausos. Bert recordó la noche en que se desvaneció Nenia. Otra noche de triunfo. Pero ésta seguramente era la última. Bert esperaba que a aquellas horas, el departamento de claves habría descifrado la que él les facilitó, y en cinta magnetofónica habrían apresado las improvisaciones de Broger, para que no tuvieran desperdicio.

En cuanto al ruso, al cesar el piano había arrojado el lápiz con verdadera furia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bert.

El ruso se puso en pie, colérico.

—Veo que no ha perdido usted el tiempo tanto como yo creía...

Bakler adoptó un gesto ingenuo:

—¿Por qué lo dice?

—No se haga el tonto. Tenía ya referencias de que usted era avisado, pero lo del hotel me hizo confiar.

—¿Lo del hotel? ¿Quiere decir el que no reconociera a usted?

—A mí no tenía por qué reconocirme. A Haukel que entró en el hotel detrás de usted, mal disfrazado de Broger. Lo vi parado ante el cuarto de la muchacha, cuando usted estaba dentro. Primero no pensé. Luego, su estatura. Salí corriendo de mi cuarto, pero él ya no estaba. Luego, usted fue a parar al lago. Aquella noche formé un mal concepto de usted.

—¿Y ahora ha mejorado? —inquirió Bert, con marcada ironía.

—No mucho. Usted ha dejado en Lucerna a toda una brigada de policía. Es la misma táctica que emplean ustedes en guerra. Para entrar en una posición, necesitan primero arrasarla.

Señaló despectivamente las notas.

—Broger comunica a Haukel que el escenario lo tiene invadido por la policía, y que tan pronto termine la función, será detenido. Piensa hablar.

Miró, iracundo, al americano:

—¡Esto es jugar sucio!

—¿De veras? ¿Acaso Broger no es cómplice? —inquirió, con ironía, Bert.

El ruso guardó silencio.

—Pero a usted no le gusta que sea a nosotros a quienes haga

esas declaraciones... que pueden resultar muy interesantes. ¿No cree? —volvió a decir Bakler.

El intruso permaneció callado, en actitud pensativa.

—¿No tiene nada más que decirme? Desde luego, no quiero que usted me traduzca el mensaje. Tendría mis dudas sobre la traducción. Esperaré a que el departamento de cifra me facilite una versión más de mi agrado. De aquí a mañana, pueden ocurrir todavía cosas muy interesantes. Si Haukel está aquí, saltará. ¿Quién de los dos se hará con la presa?

Era tal vez lo mismo que estaba pensando el ruso. Durante unos momentos, ambos permanecieron callados, como ajenos uno al otro.

—Si quiere retirarse, puede hacerlo —indicó Bert, sin ninguna ironía.

El otro se volvió a mirarle, un poco sorprendido.

—Lo digo sinceramente. Puede marcharse...

El ruso se dirigió a la puerta. Apenas llegar, añadió Bert:

—Puede llevarse las notas.

—No sirven —confesó el otro—. Las tomé mal, intencionadamente.

Se marchó, cerrando de golpe.

Instantes después, Bert abrió sin llamar, la habitación de Nenia.

—¡Pequeña! —grité, fuera de sí—. ¡La cosa marcha!

Entonces fue cuando se dio cuenta de que la muchacha y Kaika no se hallaban solas. A un lado de la habitación se encontraban el doctor Buchman y tres huéspedes más, que Bert recordaba haber visto por la tarde en la terraza, junto con el doctor. Estaba también el viejo de la silla de ruedas.

El aparato de radio seguía la retransmisión de «Espumas del Vals».

—¿Qué te ocurre, Bert? —preguntó el doctor, en tono jovial—. Creímos encontrarte aquí. Nenia nos ha invitado a quedarnos... Es bonita esa música. ¿Qué hacías fuera?

—Mirando la noche —contestó Bakler, sentándose al lado de la artista—. La noche es bonita desde esta altura...

Tal como lo dijo, no parecía referirse a la noche, sino a los ojos de Nenia, que le miraban fijamente. Así comprendieron ellos dos, y cuántos estaban presentes.

—¡Bravo! —exclamó Buchman, soltando una carcajada.

Los dos jóvenes enrojecieron.

—¿Qué dice usted, señor Stener? ¿Le parecen maravillosas las noches alpinas?

Pero en aquel momento el viejo tenía tal acceso de risa, que no pudo responder. Se quitó los lentes y los limpió. Luego, plegó las manos sobre la manta que cubría su regazo. Las tenía enlazadas y las separó enseguida, en tanto miraba fijamente al grupo que formaban Nenia y Bert.

Hubo un momento en que las manos del enfermo adoptaron una actitud de zarpa. Luego, como la radio dejase oír una música alegre y pegadiza, los dedos del viejo empezaron a tamborilear, siguiéndola...

CAPÍTULO V

Después de siete kilómetros de túnel en la roca, el tren llegaba a la estación terminal de Jungfraujoch, próximo a los tres mil quinientos metros de altura. Cerca del mayor ventisquero de los Alpes se hallaba el hotel, con su tejado en uve invertida, como un proyectil colocado verticalmente y dispuesto a dar una puntada al abismo. A su alrededor, campos de nieve eterna, constantemente rayados por esquíes y trineos tirados por perros polares. A espaldas del hotel, la Jungfrau erguía su mole blanca, en una grandiosa escapada hacia el infinito.

Hasta última hora, Bert consideró una extravagancia del doctor la excursión a la falda de la Jungfrau. No porque el viaje ofreciese dificultades nada a propósito para el estado en que se encontraba Nenia. El desplazamiento hasta el hotel situado en aquellas alturas se hacía cómodamente por ferrocarril. Desde el hotel, por un camino seguro y breve, apenas unos dos minutos, se llegaba a la plataforma desde la que se podía contemplar un grandioso paisaje.

—¡Veremos la puesta del sol, y el amanecer! —recalcaba el doctor—. Nenia: haga porque Bert se decida... Nada más a propósito para la juventud que esta poesía sin artificios.

—Pero ¿está usted loco? —protestaba Bakler—. ¿Es que no tiene idea de lo que ocurre?

Buchman entonces hacía uno de sus horribles gestos, que quería significar una enigmática sonrisa. Fue al llegar el tren de Interlaken, cargado de turistas, cuando Buchman entró en la habitación de Bert, muy agitado.

—¡Ya lo tenemos, Bert!

—¿El qué? —preguntó Bakler, con desgana.

—¡A Haukel!

Bert le dirigió entonces una mirada fulminante, harto ya de aquellas salidas intempestivas.

—¡Es cierto! ¡Ven y verás!

Cogió de un brazo al joven, y tiró de él. Bert se dejó llevar, rezongando. Entraron en la habitación en que la noche anterior, al terminar la tertulia en el departamento de Nenia, dejaron al enfermo de la silla de ruedas.

—¡Mira!

Sobre las sillas, en el lavabo, sobre la misma cama se veían elementos de caracterización y prendas de vestir tiradas a voleo. Todo aquel desorden culminaba en una carcajada dibujada en forma de caricatura, con yeso, detrás de la puerta. Una cara, con una boca desaforada, abierta en risa y mostrando dos únicos dientes. Debajo, una línea:

«¡En la Jungfrau!»

—¿Sospechaba usted de él? —preguntó Bert, sombrío.

—Desde el primer momento —repuso el doctor, tranquilamente—. Él también debió sospechar que su «enfermedad» no podía engañarme...

—¿Y por qué no me lo dijo?

—Me parecía prematuro... Después de todo, el juego era divertido. Los dos competíamos a ver quién decía el chiste más gracioso...

—¡Una bonita manera de ayudar al coronel Brown! —rezongó Bert.

Buchman pareció azorarse. Diríase un niño cogido en falta.

—¿Y de qué te preocupas? ¡Si lo tenemos acorralado! ¡Mira!

Lo llevó a una ventana desde la que se veía la estación del ferrocarril y grupos de turistas preparados para la excursión.

—Es uno de ellos...

Bert no pudo contener su cólera:

—Pero ¿ignora usted que está el ruso? ¡Y si sólo fuera él! ¡A saber la gente que llevará consigo!

Bakler salió de la habitación a toda prisa. Entró en su cuarto, cogió la maleta en la que iba su equipo de esquiador, y salió disparado. En el pasillo tropezó con Buchman.

—¿Es que no vamos todos? —inquirió el doctor.

—¡Despídame de Nenia! ¡Dígale que me espere! —Fue la respuesta de Bert, sin detenerse.

Llegó al tren casi con el tiempo justo. Al ir a subir a la plataforma, un viajero le tendió una mano para ayudarlo.

—Por poco llega tarde.

Reconoció la voz. Al levantar la cabeza, se encontró con el ruso.

—Por lo visto tenemos las mismas aficiones —comentó el americano, adoptando un tono humorístico.

—Por lo visto —repuso el otro.

En aquel momento el tren arrancó. Los vagones eran muy pequeños. Al disponerse a entrar en el coche, dijo el ruso:

—Espere unos momentos. Creo que usted y yo debemos hablar; ahí dentro nos oirían. Tengo que confesarle que tiene usted un tanto a su favor. Estoy en este tren porque sé que ustedes preparaban esta excursión, pero sin tener una idea concreta de lo que en ella buscaban. Gracias a su amigo, el doctor, sé a qué atenerme.

Bert temió que Buchman hubiese hecho al ruso alguna imprudente confidencia.

—Le he visto entrar en el cuarto de Stener. Me he metido allí después que el doctor ha salido. He de confesar que en cuanto a Stener, me hallaba completamente despistado.

Bert tampoco tuvo inconveniente en manifestar su ceguedad respecto a aquel individuo.

—Pero usted apenas ha tenido tiempo de orientarse —replicó el otro, disculpándole—. Yo, sin embargo, estoy en el balneario desde que llegó la muchacha...

—Al doctor le han bastado unas horas —dijo Bert—. ¡Qué magnífico policía si no fuera tan extravagante!

Ambos se habían puesto a fumar y permanecían mirando distraídamente el paisaje.

—Le propongo el pacto todavía —manifestó el ruso.

—¿Y qué diablos vamos a hacer con él? —replicó Bakler, enfurecido por el absurdo—. Tan pronto hayamos conseguido el objetivo, nos apuñalaremos por la espalda...

—Yo le prometo...

—¡No me prometa nada! —le interrumpió Bert.

Se metió en el interior del coche. Apenas se hubo sentado, se levantó y pasó a otro vagón. Una vez hubo dejado la maleta en su sitio, se sentó. Sin disimulo fue observando a los pasajeros. Todos parecían tener la traza «standard» del turista. En este nuevo asiento

apenas permaneció un minuto. No tocó la maleta de su sitio, al marcharse de nuevo. Fue de un vagón a otro, hasta recorrer todo el convoy. Lo hacía simplemente como acto de presencia, para que Haukel supiera que había acudido a la cita. Volvió al fin a dónde tenía la maleta, y ya no se levantó más hasta que el tren llegó a Jungfrauoch.

La mayor parte de los viajeros pernoctaban en el hotel enclavado sobre las nubes. A la media hora de llegar, los trineos tirados por perros polares y los grupos de esquiadores se habían esparcido sobre el inmóvil oleaje de nieve...

Bert había elegido aquel grupo de esquiadores casi al azar. Se unió a ellos tal vez porque eran los que se habían puesto a patinar más cerca del hotel. Desde luego, estaba seguro de que cuando se unió a ellos, no se encontraba allí el ruso. Y de buenas a primeras se lo vio delante. Acababa de lanzarse por una pronunciada pendiente, quedando separado de los demás. Apenas hubo conseguido frenar su marcha, percibió tras de una pequeña ondulación al ruso, sentado sobre la nieve. Su rostro se hallaba contraído en un gesto de dolor.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Bert, impulsivamente.

El otro intentó reír, pero no lo consiguió:

—Creo que me he roto una pierna...

—¡Usted, el del país de la nieve!

El ruso no contestó. Bert se aproximó, inclinándose sobre él:

—¿Qué pierna es?

Se sintió cogido de los hombros y enseguida derribado. Al instante, el ruso estuvo sobre él.

—¿Ve usted, como sin necesidad de pacto...? —empezó a decir.

Ambos rostros quedaron cerca. Los ojos de Bert, encendidos de rabia, taladraban los de su enemigo. Permaneció callado, inmóvil, como si todas sus fuerzas hubiesen quedado anuladas.

Y de súbito el ruso salió disparado, como lanzado por una catapulta. Los brazos y las piernas de Bakler habían actuado en un movimiento relámpago, con fuerza incontenible. El otro cayó sobre la nieve, cara arriba, y cuando se dispuso a levantarse oyó a Bert que decía:

—¡Quiero dejar que te levantes! ¡Di luego que juego sucio!

Dejó, efectivamente, que se pusiera en pie. El ruso también

parecía sediento de pelea. Se enzarzaron a golpes. Los esquíes les estorbaban, y llegó un momento en que los dos, con la boca sangrando, se quedaron mirándose.

—¿Nos quitamos los esquíes? —preguntó Bert, con voz sorda.

—Iba a proponértelo —respondió el otro.

Se inclinaron, separándose uno del otro lo suficiente para evitar una mala jugada. Habían empezado a desabrocharse las hebillas, cuando estalló una carcajada.

Ambos levantaron la cabeza y vieron a unos diez metros de donde ellos estaban, sobre una ondulación, a un esquiador con gafas oscuras.

—¡Ahora espero lo bueno! —gritó el desconocido.

El ruso y el americano se miraron. Enseguida, simularon que seguían desabrochándose los esquíes. Pero el desconocido se dio cuenta y se lanzó por la inmediata pendiente a una velocidad de vértigo.

—¡Es Haukel! —gritó Bert.

El americano y el ruso se echaron en su persecución al mismo tiempo. Rápidamente fueron alejándose, internándose en zonas solitarias. Había sitios donde pingajos de niebla se interponían entre ellos y el perseguido. Seguían las huellas que trazaban los esquíes del otro, y a pesar de ello hubo un momento en que la niebla les obligó a detenerse.

Quedaron los dos alentando fatigosamente, mirando a su alrededor, queriendo traspasar aquel telón de humo muerto. El ruso se disponía a hablar, cuando Bert le hizo seña de que se contuviera. Estaba seguro de que el que había desaparecido era Haukel, y de que no se alejaría mucho al ver que no le seguían. Bert veía la maniobra. En Lucerna, la brigadilla de Cayner estaría sacando del buche de Broger todo cuanto sabía. Tal vez sabía de Haukel más de lo que dio a entender a Bert. Eso quedaba demostrado con el descubrimiento que empleaba para comunicarse con él. Haukel ahora, se sentía, acorralado. No por Bert y el ruso, sino por el cerco que tenía en las ciudades, con su cuenta en el banco bloqueada y agotados todos los resortes para su acción de espionaje con doble juego. Esto de ahora no era más que un acto desesperado, un deseo de arañar antes de morir. ¿No sería también, que se sentía defraudado por Nenia, al descubrir que no era más que... una mujer? La

muchacha audaz que había sacado de un sótano de Viena, se resignaba a cortar todas sus ambiciones para adaptarse al cariño de un simple hombre.

Este simple hombre era Bert. Confiaba que la muchacha correspondía a la pasión que sentía por ella. Y esto tal vez era lo que menos le perdonaba Haukel...

Se oyó cerca una carcajada.

—¿Por qué no me seguís? —preguntó una voz acerada—. ¿Os habéis puesto de acuerdo, el yanqui y el ruso? Yo sé la forma de separaros...

Entonces la autoritaria voz empezó a soltar nombres. En primer lugar aparecieron los nombres de dos físicos ilustres, de la zona oriental.

—¿Me escucha el ruso? Trabajan en laboratorios vuestros, pero están haciendo acopio de notas para el momento de escaparse y venderse a los yanquis...

El soviético, puesto en cuclillas al igual que Bert, escuchaba vorazmente.

La voz acerada siguió dando nombres de personas y de lugares, que afectaban a la zona soviética.

Y de pronto, cambiando de tono, añadió:

—Ahora esto para el yanqui...

Se percibió un leve crujir de nieve, como si el individuo se acercara o se trasladara de sitio.

—En Oak Ridge hay tres profesores que trabajan para los rusos. Uno es el profesor...

Bert y el ruso, pistola en mano, se hallaban distanciados unos cuantos pasos. Los dos escuchaban con enorme ansiedad la voz acerada, pero al mismo tiempo ambos se espiaban. Al anunciar el individuo que iba a referirse a la red clandestina en los Estados Unidos, el ruso afirmó en su mano la pistola, y, saltando de detrás del montículo de nieve en que se hallaba oculto, echó a correr, en dirección a la voz.

—¡Quieto! —gritó Bert.

El primer impulso del americano era advertirle del peligro que corría. Luego, el deseo de que la intervención del ruso no entorpeciera la declaración que más la afectaba.

Tal vez eso era lo que el soviético quería evitar: que el otro

hablara, sin mirar el riesgo. Dentro de la nube de niebla, la voz de Haukel se había cortado, para seguir mejor el crujir de la nieve. La acción fue rápida. Del interior del humo húmedo salió una ráfaga de pistola ametralladora. Bert vio cómo el ruso se doblaba hacia atrás, enseguida volvía a erguirse e inmediatamente caía de rodillas, disparando su pistola casi sin apuntar.

Otra ráfaga le respondió, seguida de una carcajada. La pistola de Bert, mientras, permanecía al acecho, esperando el instante oportuno. Fue al cesar los disparos y sonar la risa. Entonces saltó de la ondulación que le servía de defensa y, al igual que antes hizo el ruso, disparó al vientre del borrón gris. La réplica surgió enseguida. Varias balas silbaron en torno de Bert, pero éste siguió avanzando, sin interrumpir los estallidos de su pistola.

Dejó, por fin de disparar, cuando ya sus pies marchaban sobre huellas de sangre. De pronto vio a un cuerpo tendido, junto al que había unas gafas negras. Le arrancó el gorro de punto. Apareció un cráneo robusto, de cabello corto. Unos ojos grises le miraban entornados. Bert se inclinó sobre él. Fue entonces cuando el americano se sintió herido. Le había alcanzado uno de los últimos disparos de Haukel, y sólo ahora, al inclinarse, se daba cuenta. Una lámina caliente se deslizaba por su pecho.

—Vuestro agente... trabajaba para los rusos —rezongó Haukel, en los últimos estertores—. El capitán Nowosky... se pasaba a vosotros.

Hizo una mueca. Diríase que la evocación de lo que una noche pasó en su despacho enclavado en la zona oriental de Berlín, le infundía una nueva vitalidad.

—Eran... peores... que yo...

Su voz de moribundo sonaba a desvarío. Quedó con los ojos entornados.

Bert se incorporó, y fue al sitio en que había quedado el ruso. Lo halló de bruces contra la nieve. Lo volvió, y al ir a examinarlo, se encontró con los ojos azules, que le miraban.

—¿Por qué se ha movido de sitio? —le reprochó Bert—. ¿No advirtió la maniobra? Nos esperaba...

El ruso sonrió.

—No había que dejarlo hablar —murmuró—. Usted no debía saber demasiado...

—¿Por qué no? Yo he dejado que usted oyera todo lo que les afectaba —repuso Bert.

—Yo no... Si llega usted a saber... lo de Oak Ridge, yo hubiera... tenido que matarle... O usted a mí... Es lo que buscaba Haukel...

Su voz se apagaba por momentos.

—Salude a la muchacha... ¡Buena chica!

Quedó con los ojos cerrados. Bert permaneció unos momentos pensativo. Se apoderó de él una extraña angustia. Se recobró enseguida, consciente del peligro. Ahora todo dependía de la ligereza con que actuara. Se estaba desangrando. Apresuradamente se improvisó un vendaje sobre la herida que tenía en el pecho, y se levantó.

Cogió los bastones de esquiar.

Tenía que salir de la niebla, antes de que las fuerzas empezaran a fallarle. Clavó los bastones en la nieve, y con los esquíes enfiló una suave pendiente. Antes de arrancar, miró atrás, hacia el sitio en que habían quedado Haukel y el ruso.

Se dio entonces cuenta de que él y los dos muertos constituían todo un símbolo. Sobre la blanca lámina de la nieve, aquellos tres hombres habían llevado a la tranquila esfera de la Jungfrau, la convulsión y el barro en que los seres del llano se debatían...

Y otra vez el cansancio de los días de Berlín le invadió. Se sintió sumido en un caos, como si el hecho de vivir fuese un anclar absurdo, de beodo.

Sólo la idea de que saliendo de aquella niebla podría volverse a hallar junto a Nenia, le dio fuerza suficiente para impulsar los esquíes...

Un rato después caía, extenuado, en medio de una llanura en la que se percibía la línea de puntos inquietos que formaba un trineo, y la retahíla de perros polares que tiraban de él.

Los que ocupaban el trineo se encargaron de recogerle...

EPÍLOGO

Aun el doctor Buchman no había descendido del tren en Jungfraujoch, compañeros del hotel llegados a primera hora ya estaban informándole de lo ocurrido.

—¡Su amigo le necesita! ¡Está herido!

—¡Eso ya lo sabía yo! —Fue la exclamación de Buchman.

Nenia, que se hallaba a su lado, ahogó un grito.

Encontraron a Bert desmayado. Buchman entró enseguida en acción.

Bakler despertó ya bien de noche.

—Te has perdido la puesta de sol —fue lo primero que oyó, dicho por Buchman.

—¿Sabe ya...? —empezó Bert.

—Algo. Hace un rato que han traído los dos cadáveres...

Tras un breve silencio, añadió:

—Supongo que el otro era el ruso.

Bert asintió con un movimiento de cabeza.

—El coronel Brown se encuentra ahora en Lucerna —anunció el doctor, tras una breve pausa.

—¿Vendrá aquí?

—Mañana, a primera hora.

—¿Tiene noticia de lo que ha ocurrido?

—Lo que ha ocurrido sólo lo sabes tú... A propósito: he tenido que ponerme serio para conseguir que Nenia se acostara. ¿Quieres que la llame?

—No —respondió Bert.

Era suficiente para que Buchman hiciese lo contrario.

—No llamarla va a ser peor. De todas formas, no va a dormir —dijo, saliendo.

Instantes después se abrió la puerta y aparecía Nenia, intensamente pálida.

—¡Bert!

Posó la cabeza sobre la almohada, junto a la de él, y empezó a sollozar. Luego, incorporándose, con los ojos todavía llenos de lágrimas, dijo:

—No he podido contener el deseo de verle. El doctor me ha acompañado... ¡Era él!

Se estremeció, como si todo el pasado se volcase sobre ella con violencia de vendaval.

—Sus ojos grises, semiabiertos... Así estaba la primera noche que lo metimos en el sótano.

Bert le cogió una mano.

—Olvidalo...

Nenia y el doctor pasaron toda la noche en la habitación de Bakler. Cuando empezó a amanecer, en el hotel se oyó el ajeteo de los turistas disponiéndose a ver la salida del sol.

—Algo nos llegará a nosotros —dijo el doctor, abriendo las maderas del ventanal.

Una vez hecho, se marchó. Al poco, una avalancha de oro se volcaba en la estancia. Bert y Nenia parecieron absortos contemplando aquella estampa grandiosa de nieve y sol.

—La vida sería hermosa, si no nos empeñáramos en ensuciarla —murmuró Bakler, con los ojos húmedos.

Veía la cima de la Jungfrau, purísima de blancura. ¿Por qué no mantener el alma así, sobre el barro del camino?

Sin darse cuenta, ambos jóvenes habían enlazado las manos. Con los ojos llenos de maravilla, se contemplaron. Él la atrajo hacia sí.

—¡Nenia!

Ella no ofreció resistencia. Y sumergidos en la gloria de aquella luz de oro, ambos se sintieron nuevos, al margen de todo, boca con boca, confesándose en silencio la angustia y la dicha de su pobre condición humana...

Pero aquella esplendorosa fiesta de luz sólo duraba unos minutos. El día continuaba. Y con él, la vida...

Unas horas después, llegaba el tren en el que iba el coronel Brown y algunos ayudantes. El encuentro fue muy emotivo. Pero enseguida quedó cortado. Había mucho que hacer.

Brown informó que unas horas antes de la función de la noche señalada por Bert en su informe, la clave que utilizaba Broger había

sido hallada. Lo que dijo el ruso de que el escenario estaba invadido por la policía, era cierto. Todas las «improvisaciones» de Broger aquella noche fueron cogidas en cinta magnetofónica. Lo que del descifrado dedujeron, fue luego corroborado por el mismo Broger. Declaró ampliamente. Manifestó su alegría de liberarse al fin de la tiranía de Haukel. En realidad, él le llamaba Kirchniger. Broger había soñado siempre dirigir un espectáculo de arte puro. Haukel le prometió financiarlo, tan pronto consiguiera fondos suficientes. Le impuso, además, a aquella muchacha, Nenia, de la que parecía enamorado.

»—¡Pero ella nunca será artista! —rugió, con verdadero rencor—. ¡No es más que una mujer!

»—Ya —repuso el coronel Brown, adivinando lo que pasaba en el interior de Broger—. Una mujer, sencillamente mujer, nunca puede corresponderle... ¿No es eso, Broger?

La esquelética figura del músico pareció entonces más insignificante. Dio lástima, en el momento en que sinceramente, amargamente, asintió, en silencio...

—Cómo puedes suponer, nos queda mucho que hacer todavía —siguió el coronel refiriéndose a Bert—. Broger se ha ofrecido a descubrirnos todos los recursos de que se valía Haukel para recibir y transmitir mensajes. Tenemos complicados en varios países de la Europa occidental, incluso en los Estados Unidos... Hemos de darnos prisa, antes de que desaparezcan.

Bert informó de lo dicho por Haukel. Se tomó cuidadosa nota. El coronel, después que hubieron terminado, permaneció pensativo.

—¿Qué le ocurre, Brown? ¿No está contento? —preguntó el doctor Buchman, poniéndole una mano sobre un hombro.

—Pienso en lo que queda por hacer todavía... y me horrorizo. Además de los enlaces de Haukel, la incógnita de Oak Ridge y el facilitar la fuga a los físicos situados tras el talón de acero... ¡Algo de espanto!

—¡No se preocupe! —dijo jovialmente Buchman—. Yo les ayudaré...

El coronel sé levantó de un salto, y se dispuso a salir, como si fuera a perder el tren.

—¡Que mejores, Bert! ¡Te espero en mi despacho!

Salió sin mirar al doctor. Éste soltó la carcajada:

—¡No creas que con este desaire me voy a ofender! —declaró, contrayendo su horrible rostro.

Salió tras de él. Instantes después, se oía el tren que regresaba al llano.

Unos minutos más tarde, se abrió la puerta de la habitación de Bert, y entró Nenia.

—Se han marchado todos —dijo, mirando fijamente a Bakler—. Todos, hasta el doctor...

—¿De veras?

—Discutía con el coronel, el uno en el vagón y el otro abajo... Venció el doctor. El coronel terminó por decir: «¡Suba!»

Los dos rompieron a reír. Después, se quedaron callados. Pensamientos tristes comenzaron a acudir a la mente de ambos. Instintivamente, como un acto de defensa, ambas manos se buscaron.

—Mañana —dijo de pronto Bert, animado— amanecerá otra vez...

—¡Sí! —Corroboró ella, también ilusionada.

Los dos se asían a un hecho normal de la naturaleza, a un hecho sencillo, limpio, como descanso a la carga de artificio que les esperaba abajo. Y de nuevo ambas bocas se buscaron, teniendo la sensación de que les cubría una luz de oro, la que brotaba de sus almas, y que borraba las huellas simbólicas que el día antes tres hombres habían dejado sobre la nieve...

FIN



El que da primero da dos veces...
le había dicho a Dick Travers su instructor
del TREASURY DEPARTMENT... ¡y el jo-
ven agente no vaciló aquella vez en seguir
el consejo!

La red tenebrosa que envolvía

El secreto de Rocky Mountain

se espesaba cada vez más... ¡Muchas vidas
peligraban por culpa de aquel misterio que
comenzó bajo las aguas de Florida!

El secreto de Rocky Mountain

última obra del prestigioso autor

TONY M. TOWER

aparecerá en el próximo número de la ce-
lebrada

COLECCION SERVICIO SECRETO

¡es la novela de acción que usted tanto es-
peraba!...

¡Reserve ya su ejemplar!

Últimas novedades de EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 330 - Matilde Redón
• UN RAYO DE SOL
- Núm. 331 - Mercedes Montó
• CON MADERA DE TRIUNFADOR
- Núm. 332 - Enel Claveri
• DESTINOS CRUZADOS

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION ROSAURA

- Núm. 170 - María del Pilar de Molina
• EL CAMINO SONADO
- Núm. 171 - Agatha Mar
• ¡QUE ENCANTO DE FAMILIA!
- Núm. 172 - Amparo Lara
• TORTURA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION B'ISONTE

- Núm. 271 - Rogers Kirby
• EL TERROR DE OKLAHOMA
- Núm. 272 - Orland Garr
• SUCEDIÓ EN KANSAS
- Núm. 273 - Cliff Bradley
• JUEGO PELIGROSO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 135 - George H. White
• 90 HORAS EN BLANCO
- Núm. 136 - A. Roscett
• TRES HOMBRES EN LA NIEVE
- Núm. 137 - Tony M. Tower
• EL SECRETO DE ROCKY MOUNTAIN

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 226 - Trini de Figueroa
• PARENTESIS DE INQUIETUD
- Núm. 227 - Matilde Redón
• TRECE DIAMANTES
- Núm. 228 - L. Masola
• LA ISLA DE LAS DAMAS

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

- Núm. 56 - L. Masola
• AMOR DE CARIDAD
- Núm. 57 - Desabel
• UNA SIRENA A BORDO
- Núm. 58 - Matilde Redón
• UNA ISLA EN EL PACIFICO

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION DETECTIVE

- Núm. 14 - Karl Medusa
• ESPÍAS ATÓMICOS
- Núm. 15 - Arnold B. Igg
• LOS GORRIONES DEL TÁMESIS
- Núm. 16 - Vic Peterson
• EL ASESINO BUSCA ESPOSA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION ALONDRA

- Núm. 9 - María Martí
• SU IDEAL EN UN MARCO
- Núm. 10 - María Lar
• ...Y LA LEYENDA SIGUE
- Núm. 11 - María Adela Durango
• LA MUJER HUMILLADA

APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

Volumenes recientemente aparecidos.

Volumenes de próxima aparición



Precio: 5 ptas.

